

3^{er} Concurso de Cuentos

Radio Santa María
1 · 9 · 9 · 5
Cuentos Premiados





ANTOLOGIA

3er Concurso de Cuentos
Radio Santa María

1 9 9 5



Antología Concurso de Cuentos 1 9 9 5



Primera Edición, 1996
Antología - 3er Concurso de Cuentos 1995
Radio Santa María

Composición y diagramación
CARLOS ALBERTO FERNANDEZ-ROCHA

Diseño, corrección y cuidado de edición
CARLOS FERNANDEZ-ROCHA

Ilustraciones y portada
MARCOS JORGE

Impreso en República Dominicana por
EDITORA AMIGO DEL HOGAR
Santo Domingo, D.N.

Indice

	Página
Introducción:	
Palabras de presentación-----	7
Cuentos premiados:	
Dialecto-----	11
Museus-----	19
Opera Aperta-----	25
Menú de Caníbal-----	35
Guacárana-----	51
Menciones:	
Contradanza-----	59
El último día del otoño -----	65
La noticia -----	74
Los amores del jefe -----	84
Tres días después -----	93
Anexos:	
Acta única del Jurado de Premiación -----	110
La fórmula del cuento perfecto-----	113

Introducción

Palabras de Presentación.

Me corresponde dar inicio a la premiación del Tercer Concurso de Cuentos de Radio Santa María.

Debo decir, en primer lugar, que estamos convencidos que el objetivo buscado se va encontrando: fomentar la lecto-escritura, incentivar la creatividad y desarrollar los valores nacionales.

La masiva participación, en esta ocasión 252 concursantes, nos dice que tenemos convocatoria.

Participantes de toda la geografía nacional.

Cuentistas de todos los géneros. Desde profesionales hasta gente de buena fe que quiere participar y apoyar a su emisora.

Agradecer a los participantes. Agradecer al jurado.

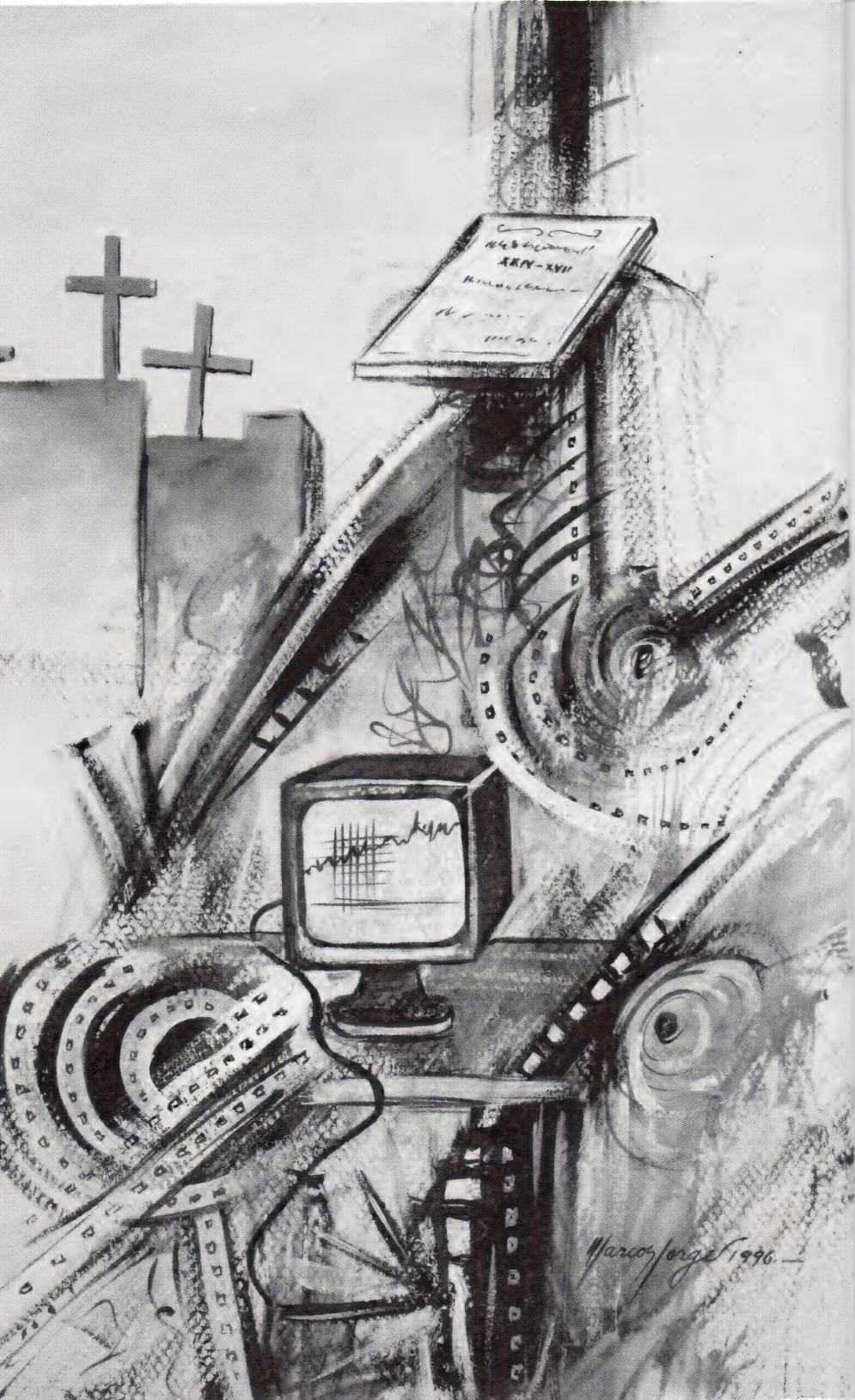
A los mocanos amigos en la persona de su síndico, ingeniero Rubén Lulo Gitte quien nos aloja en el salón de este ilustre Ayuntamiento.

Y a la empresa E. León Jimenes quien nos patrocina y hace tan fácil esta labor.

Antonio Lluberres, S.J.
Agosto, 1996

I.

**Cuentos
Premiados**



Marcos Jorge 1996

Dialecto

Seudónimo: WWW/Com.007

Por Luis Martín Gómez

-¡Eschícuaze!- dijo el viejo

El joven lo observó extrañado.

El viejo miró nuevamente la lápida, viajó lejos con el recuerdo. Calló un rato y luego confirmó:

-¡Eschícuaze!, esa fue la primera palabra.

El joven supo que la persona se extendería. Cortó una hierbecilla y la mordisqueó nerviosamente mientras escuchaba al viejo.

-Ocurrió que se fue quedando atrás- prosiguió el viejo ahora revolviendo la tierra. Todos leían libros en los monitores de las computadoras pero él continuaba leyendo los de papel; todos archivaban sus datos en discos compactos pero él seguía anotándolos en pedacitos de cartón; todos se comunicaban a través de la red pero él prefería hablar cara a cara.

El viejo percibió que el joven aún no entendía. Acabó de sembrar la plántula y continuó hablando mientras abría otro hoyo.

-Lo que quiero decir es que dejó de ser necesario para el grupo. Una vez lo fue, ¿sabes?. Entonces él era la palabra viva. Sabía charlar como nadie, dar a las palabras las inflexiones precisas, apoyarlas con el gesto oportuno. Escuchándolo, los demás sentían

bañarse con un chorro fresco de historia; viajaban por ese territorio lleno de sorpresas que es la imaginación. Era el tiempo de la cháchara, del relato saboreado entre sorbos de café, de las crónicas flotando como pompas que al estallar esparcían sus maravillas por el aire. La palabra hablada tiene la propiedad del caracol: parece no tener nada adentro, pero si le acercas el oído, escuchas un mar bravío, gaviotas graznando y quizás un navío con piratas celebrando el botín recién robado. Contar historias es huir en la cresta de la fogata hacia ese lugar deshabitado que es el misterio. El organizaba perfectamente esa fuga a la cual el grupo se dejaba arrastrar en devoto silencio.

El joven miró alrededor. Había entrado al cementerio por la curiosidad de ver las esculturas de los santos y ángeles que divisó desde la calle y encontró la extraña lápida y al viejo plantando unas flores al pie de ésta. Estaba arrepentido de perder el tiempo escuchando a ese desconocido, pero quiso probar su paciencia.

-Todo eso cambió. La fascinación por la palabra cedió a la adoración por la cibernética. Un cuento no entusiasmaba más que el nuevo equipo multimedios, la anécdota fue aplastada por la página electrónica. La costumbre de tertuliar fue muriendo. El grupo prefería aglomerarse alrededor de un computador y navegar por los recovecos de la red. El y sus historias ya no concitaban la atención.

El joven miró disimuladamente la hora de su reloj.

-Lo siento, se excusó el viejo, quizás te esté aburriendo con esta historia, trataré de resumirla.

Olisqueó la flor que plantaría y continuó:

-Como te decía, de centro del grupo, él pasó a

ser uno más a quien de vez en cuando se pedía opinión... Todo cambia, ¿sabes?, y el secreto está en ocupar cada vez el sitio que te corresponde; el dolor brota cuando estás donde no debes o dejas de vivir el tiempo que te toca. El pudo integrarse a la nueva afición del grupo, pero reaccionó enquistándose, enmudeciendo completamente. Dejó de reunirse; por qué hacerlo, se preguntaría, si ya nadie lo necesitaba. Recuerdo el día que regresó: el grupo estaba accedendo a la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos; él saludó pero nadie pareció percatarse de su presencia; todos estaban fascinados por la presentación en tres dimensiones de los archivos de la Biblioteca; entonces el voceó: "¡Eschícuaze!" Sucedió ni lo que él mismo esperaba. Todos quitaron la vista del monitor y lo miraron con esa misma expresión tuya cuando hace rato mencioné la palabra. "¡Eschícuaze!", repitió chistando los dedos en el aire cual si hubiera dado con una fórmula mágica y desapareció antes de que pudieran hacerle alguna pregunta. Si su propósito fue llamar la atención, lo consiguió, pues el resto de la noche hubo una discusión acerca de él y su extraño vocablo.

-Beep-beep, beep-beep, beep-beep- sonó el localizador que el joven portaba en la cintura. El joven miró el mensaje; después miró al viejo.

-No importa, le dijo el viejo, si tienes que marcharte, vete; otro día te relataré esta historia, que es sólo eso: una historia, aunque para mí sea un tesoro.

El joven dudó un momento; por fin dijo:

-No, quiero saber todo lo que ocurrió.

El viejo continuó entonces con mayor entusiasmo.

-Cuando se reunió nuevamente con el grupo, el reclamo fue unánime: "Explícanos, ¿qué fue lo que

nos dijiste la otra noche?" El se tomó su tiempo, parece que quería disfrutar ese pequeño triunfo. Otra vez, todos atentos a él; otra vez, todos escuchando sus palabras como antes. Dijo pausadamente: "Quirima purindis basutras." Primero hubo turbación, luego se escucharon risas. "Escariochi triquero kacari", pronunció con más fuerza. Todos se miraron entre sí; alguien giró el dedo índice al lado de la sien sugiriendo que se había vuelto loco. "Pakaris petronidus", pareció explicar con gestos exagerados... Silencio, hubo un silencio profundo, insondable. ¡Qué largo fue ese breve momento en el que nadie dijo nada! Después, cada quien se ocupó de sus cosas, la mayoría hizo ronda al monitor del computador donde presentaban la última fotografía enviada por el Hubble desde su lejano periplo espacial.

Llegado a ese punto de su historia, el viejo suspiró sonoramente, exhausto tal vez, por el extenso recorrido a través de su memoria. Miró la lápida como tomando fuerzas, levantó una flor ceremoniosamente como en homenaje a sus recuerdos.

-No se le vió más. El grupo, embriagado por la rapidez de la intercomunicación a través de la red, lo olvidó completamente. Creo que él también olvidó al grupo, o por lo menos intentó sustituirlo conquistando puñados de transeúntes, de escolares y hasta de pordioseros, que pronto dejaban de hacerle caso porque no entendían sus extrañas palabras.

El viejo cogió la última flor. Como ya la base de la lápida estaba repleta de flores, estudió detenidamente dónde la plantaría. Se alegró de encontrar un pequeño hueco justo en el centro.

-Bueno, pero para no cansarte con el cuento, te diré que después de mucho tiempo, alguien del viejo

grupo lo encontró tirado en una sucia esquina de la ciudad, flaco, sin aseo y con expresión de renunciamiento extremo. Le preguntó qué le había pasado y le propuso ayudarlo. "Tipucho allanwi...Koreta ermofijo", respondió con dificultad. Le buscó algo de comer: "¡Debes comer!". "Hupecas vilindus opetaxis", dijo. Lo zarandeó para que reaccionara: "¡Qué te pasa, hálame de forma que te entienda!". A lo que respondió: "Ospedo viginfo equilo". Entonces se le ocurrió pronunciar el primer disparate que le llegó a la mente: "Acayenda pitiris jugueropis", le dijo mirándolo a los ojos. El sonrió correspondiendo a la mirada y dijo muy quedo, tanto que apenas se le escuchó: "Eschícuaze". Murió.

El viejo tomó un poco de distancia para apreciar el jardín terminado. Las flores contrastaban con la lápida ahora que el sol, despidiéndose, proyectaba un rayo de luz que encendía el rojo de los pétalos.

-Después, el grupo dejó de reunirse. Se desintegró. Cada quien se aisló junto a su computador y convirtió el monitor en su tercer ojo.

El joven se incorporó mirando la lápida.

- ¿Te sorprende que la lápida esté en blanco, verdad? preguntó el viejo tomando una jarra con agua. Así tiene que ser: como él se negó a hablar en español y el grupo nunca entendió su dialecto, es mejor que la lápida no diga nada.

El localizador sonó nueva vez. El joven consultó el mensaje, se incorporó y antes de marcharse, se animó a preguntar:

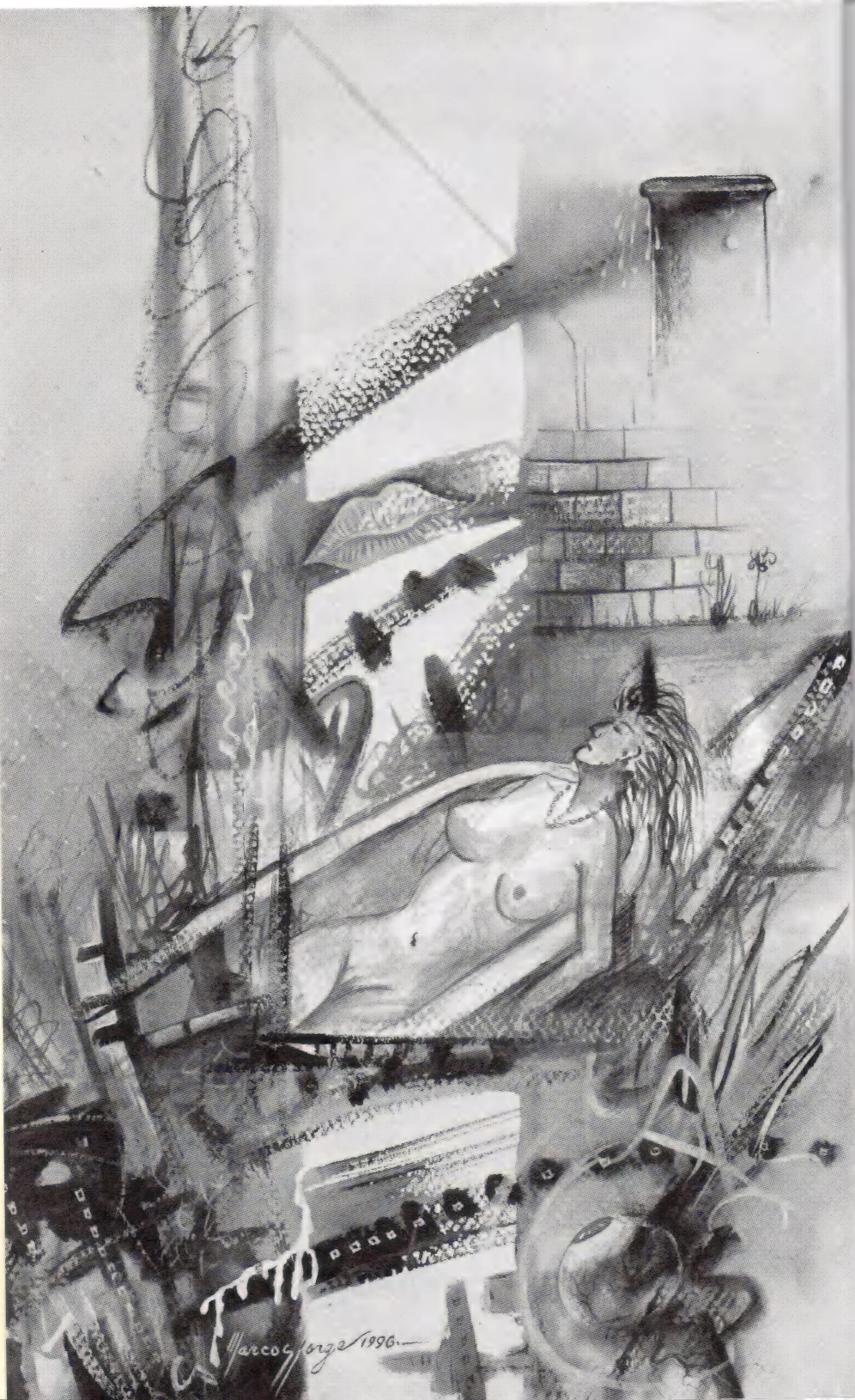
-¿Quién era usted en el grupo?

-¿Yo?... Yo fui el que pronuncié el disparate aquel antes que él muriera. No sé lo que le dije, tampoco entendí lo que me respondió; sin embargo, creí comprender que lamentaba que en este nuevo

mundo, perfectamente interconectado, en el que ya no hay secretos, estén muriendo la palabra y sus misterios.

El joven se despidió y se fue apresuradamente.

El viejo se quedó rociando las flores.



Marcos Jorge 1996

Museus

(VÍdeo Azul Para Ciegos)

Seudónimo: Dadá

Por: Pastor de Moya

POWER

Tócame la vulva, que aquí guardo los colores de la sal. Tócala, pero tócala despacio, pues aquí colecciono los duendes y los monstruos para ti...

(Grafitti en la pared del fondo)

ON

Miren este cuerpo trasnochado por el sueño y por los hombres. No. No se fijen en la miseria de mi carne. Ni en estos dos profundos pozos que un día fueron mis ojos. Se los digo yo y no me importan los navajazos que recorren mi rostro y que hoy parecen costurones hechos por un cirujano ciego. He sido novicia y compraventera de prendas íntimas y perfumes baratos como tantas mujeres de mi pueblo. Me han adornado borrachos y tecatos como una virgen. He saboreado por atardeceres el lebralo largo del Dios Oliborio soportando así su lengua caliente y su

viscoso aliento entre mis piernas. Mucho me ha costado vivir con estas verdades y ordenarlas como piezas insoportables de un salón inmemorial donde todo está dispuesto en forma de la dentadura perfecta de un negro lascivo y muy fornido.

STOP

Imágenes borrosas imperceptibles aparecen
unos labios buscando otros menos rojos sensación
de olores manidos sabor de mariposas y vinagre
unos dedos urgando la eternidad acíbar de lo
pleno cuerpos moviendo otros cuerpos

ON

Otras verdades más íntimas y vastas asaltan este instante. Ahora siento brotar de mi boca pus y sangre coaguladas. Siento escrutar vino rojo muy helado. Ahora que me encuentro aquí tirada en la bañera con tanto semen y menstruaciones derramadas pienso en cada muerto que he violado. ¿Qué otra perversidad más dulce queda en este mundo? Pronto estaré depositada en esa loza blanca y fría de la morgue junto a cadáveres púberes y hediondos, donde las moscas vuelan en círculos azules enloquecidas por el olor de la muerte y el cloro orgánico.

STOP

Luz débil abultadas esculturas humanas música triste de tambor vaciedad mucha vaciedad objetos deformes ojos rodando por el suelo un gesto un murmullo unas manos buscando otras manos

FLASH BACK O La Nostalgia

Recuerdo que mi primera iniciación en estos menesteres de Dios fue en la casa de citas de Fefa Calampín. Recuerdo el sonido crujiente de la destaralada cama sandwich. La irritación de mis nalgas morenas picadas por los chinches. ¿Cuánta sangre han chupado estos insectos en otras mujeres? Sí, a las mujeres y no a los hombres. Pues en esa época el amor se hacía en una sola posición. Recuerdo, además, las bacinillas y el galón de agua junto al jabón de cuaba y en una esquina, la silla de guano donde colgaba una pequeña toalla. Estas cosas no he podido arrancarlas de mi gastada memoria. El hombre al que me vendieron olía a tabaco y alcohol. De él brotaba un sudor copioso de los que fuman marihuana. Ensució mi sexo sin acariciarme con su saliva pastosa. Yo no quise besarle los labios, pero le chupaba las tetillas y su pene, casi convertida en un chinche. Todo fue mecánico. Frugal. Asqueante. De esta repulsión me vinieron mis disfunciones. Sentía placer sólo frotando los pezones de mis compañeras. Los hombres que tuve luego eran por el sólo hecho de obtener algún dinero para destinarlo a la construcción de mi propia casa. De mí se aprovechó una extraña suerte de fascinación y de odio. Me jugaba la vida en cada acto. Una rara manía realizaba cada vez: le arañaba el ano al hombre que estaba conmigo cuando este empezaba a eyacular. Esto me costó puñetazos y palizas hasta quedar inconsciente. Hubo también quien disfrutara de mi hazaña.

STOP

Dos gatos se lamen mutuamente sobre un techo

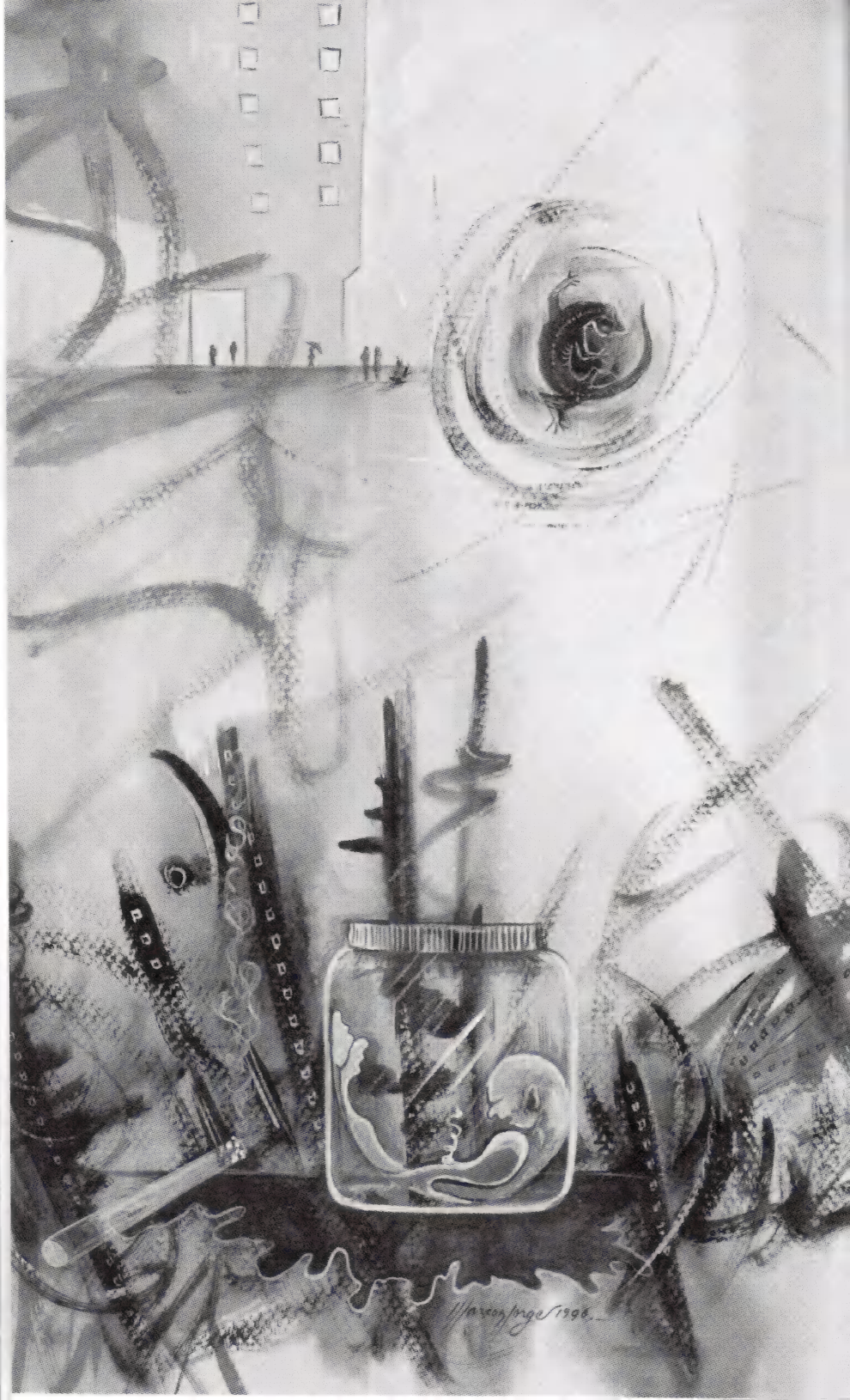
de zinc una luna de leche los alumbra voces
entrecortadas dos quejidos finales rasgan la noche
el sepulturero escupe el cuerpo las estatuas lo
miran con deseo.

ON

Las prostitutas han entrado sin prisa al cuarto de
baño. Acaso vienen a defecar ángeles o a compo-
nerse el vestido. Las veo desde esta levedad y no me
importan. Algo de molesto hay en esos boleros de La
Lupe y en esos gemidos que salen de las habita-
ciones contiguas. Por mis venas transitan en legiones
caballos sudorosos. Por un momento parecen
haberse detenido porque siento su tibieza. Babeo.
Orino rosas o algún santo. El agua desborda la pileta
y este burdel se irá conmigo para siempre.

OFF

Dina deliró durante nueve soles. Soñó que había
sido traficante de la carne como tantas mujeres de
Guaco y al despertar se percató de que verdadera-
mente lo era. No tuvo miedo de ello, sólo que al des-
pertar no pudo gobernar el sueño. Ahora si quieren
admírenla o blasfémela. Su historia aún está incon-
clusa. Ha sido otro vano intento de frustradas arit-
méticas.



Opera Aperta

Seudónimo: Pitigrilli

Por: Julio Adames

¿Ana Liz? No. Qué va. Ni parecida a ella. La foto es enorme. Yo no debí decirte nada, lastimarla, ¿comprendes? El niño estaba muerto, asfixiado, sin más defensa que la lucidez fría del agua que fluía de sus ojos. Al cuerpecito endeble del bebé esa noche lo llevamos al Morgan. Vi cuando lo entraban en un frasco de formol, parecía una conserva, ¿ves?, los pies encogidos y abombados. El médico observaba el feto como si en realidad se tratase de un hallazgo arqueológico o algo similar y me hablaba con un gotear de palabras límpidas, anestésicas, ácidas, separadas de los cartones oscuros del ventilador e hizo gestos de cansancio cuando colocó el frasco sobre un mostrador liso, apiñado de libros, gasas, alcoholes, botellas, manchas secadas una y otra vez en esa sombra enormemente desordenada del cuarto de laboratorio que serpenteaba en la babosidad acre de las palabras del galeno; en ese momento mi mente permanecía ahogada en esa fina viruta que sólo se percibe en la noche o en la nada...

Pero, ¿estaba Emili conmigo? No, tú no estabas conmigo, Emili, tú te habías quedado afuera, recosta-

da de la pared, viendo a los familiares de pacientes que transitaban por el pasillo central. A cada rato llaman a algún médico por el altavoz y se observa un enorme movimiento. La gente entra y sale a toda prisa, removiendo aún más el olor a cosas asépticas que expiden los artefactos del hospital y tú, Emili, permaneces al margen, inyectando concreción de sueño a los objetos, con los ojos negros disparados en forma de bala por la puerta de vidrio, chocando sin parar contra los muros, los sillones y los cuadros apergaminados de las gentes desafortadamente reales e inútiles que han venido al hospital...

¿Y Ana? ¿Cómo se siente ella? Ana, con los ojos rasgados, mira por la puerta giratoria y él le pregunta si se siente mareada y Ana, con los ojos rasgados, mira por la puerta giratoria y deja caer la cabeza en el pozo de luz que momentáneamente borrará su pensamiento trasladándola de una sobrita de soledad a un residuo amargo de recuerdos, sin que ella disponga de las fuerzas suficientes para evitar esa extraña modorra. Más tarde, sin embargo, el ansia de estibar los hechos nos suplanta de aquel estado alestargante e imprevisto, una violencia profunda, un exceso de individualidad irrevocable...

Ahora Emili está en la casa, fregando los utensilios de cocina y colocándolos en el escurridor. El la ve en ese juego de manos y miel que son sus ojos. No hay ninguna razón para que de pronto se ponga pesada, como si ya no quisiera permanecer aquí, en la casa. Lo odia y no puede quererlo de manera más intensa e hipócrita. Juan José, por su parte, sentado en el mueble, la mira a través de la flama del fósforo que ocupa el hueco de su mano, prende un cigarrillo y se deleita oyendo a Nat King Cole, en el radio cassette; el escozor del humo le produce un exquisito bienest-

tar. "Por favor, mírame", piensa. Pero los ojos van a la nevera, al pasamanos, al tubo de metal, cerca de este último, una lagartija pelada, pardusca, mira, se reúne con otra; la conciencia fría calcula un acto de placer. La muchacha apaga la estufa y apea una olla con viandas; el olor de los víveres inunda esas voz reversible de aire y puede escucharse en las hendidias de la puerta. El espera.

¿Qué? ¿Qué cosa? Ana cayó enferma, perdió sangre y ahora por cualquier cosita le sube la presión. Mírala. La luz transpira en la superficie rectangular de la habitación y reabsorbe su cuerpo bajo el volumen de sábanas. Te quiero mucho, Juan José. Contéstale. Yo también te quiero mucho. ¿De verdad? Mucho, mucho. La luz paralizada en el cilindro opaco y en la oscuridad fría de la pared...

Anoche vino la hermana, de Río Verde, a cuidarla. Se llama Emilia. Es como si ahora mismo él la estuviera viendo. Los ojos negros de la muchacha entran a su pensamiento con incontenible fuerza, fragmentos diminutos de ella. ¿Qué dijo? Es una florcita. ¿Se parece a Rossin?, dime. No se parece a nadie, con ese cuerpo y los ojazos. Pero, ¿te mira?, ¿te oye? La ves taconeando en la oscuridad amorfa de la sala, trazar un círculo con el cuerpo, apretar la correa del pantalón. La belleza de su rostro parece congelada en una especie de falsa superficie; **oigo los pasos de la muchacha sobre mi cuerpo, machacando mi carne, mis sentidos, así lo siento. No quiero mirarla, pero por nada del mundo aparto los ojos, paralizado, mordido por el sesgo de ese cuerpo que para mí es infernal, horriblemente hermoso.** Pero esta vez no, el cuerpo se desvanece y él se queda en el pabito de la imagen...

A veces, cuando él no está en el trabajo, almuerzan juntos. Conversan un poco y luego él se va. La otra noche no, sin embargo. Era sábado y él se encontraba aburridísimo y cansado. Cuando ella le pasó por el lado, él le dijo: Emili, acompáñame a un trago, por favor. Oigamos "In the mood", juntos. Y ella le contestó: "Bueno, solo por un rato: Ana me necesita. El se sentó y abrió las piernas frente al rostro de la muchacha; le señaló un sitio y le ofreció un trago de whisky. Ella bajó la mirada y vio cuando él le sonreía, mordiendo los labios en una mueca difícil, en su afán de crear novedad. La muchacha trata de ver unas líneas lejanas cercando aquel rostro, ve la fuerza vigorosa de sus ojos. ¿Entonces esta mujer estaba penetrando en su vida? El podría lidiar con esa fatalidad de ser necesario. Al transcurrir el tiempo, se va creando un ambiente bastante pegajoso y cálido. De pronto, ella recuerda que tiene que darle la medicina a Ana y se pone de pie. El le pide por favor que se quede un poco más. Ella le sonríe y accede. Pero la carne gozosa es insuficiente y muda, irreversible. Hoy está llena de vacíos; mañana, vacía de ternuras. Glen Miller murió ahogado en el Canal de la Mancha, ¿lo sabías? "In the mood". Los ojos quemados se miran. Cuidado. Cualquier frasecita podría malograr la atmósfera. Mejor no. Mira ese relumbrón de cabellos y bésala. La luz agrandada, vana -date prisa-, obscenamente gris. Ella se asusta. Qué sonsa. Se va corriendo...

Música, todo cuanto refuerza y llena los vasos capilares, irracionalmente. Creo que Ana se apoya en esa sensibilidad mía para tomarse lástima. El parto la dejó como loca; un ataque de frenesí, ¿comprendes? Delira. Cuando entro a verla, me aprieta fuertemente los hombros, las manos, entonces siento algo hacia

ella que no es asco, sino una atracción repulsiva, los venenos de un caracol. ¿No te ha pasado? Bueno, te digo que el niño nació deforme, con la cabeza hundida en el pecho y los ojitos brotados y escamosos. Babeaba mucho. Dos noches duras, desasosegadas, se las pasó llorando; ella también, la madre, como loca, con un sufrimiento minucioso y tenaz. Fueron largas noches de humo, duermevelas, colillas, ternura involuntaria ¿eh?, de voz en filo, sofocada ¿eh?, como rodando en un vaso vacío. Me siento mareada. Abre las persianas, deja que entre un poco de aire. Obedezco y la luz mansa, de verjas, entra sobriamente al cuarto. Ven, siéntate, por favor. ¿Dónde está esa muchacha?...

Cada noche lo mismo, señores, lo que hace la tristeza de un hombre, repensar cosas, futilidades, la cabeza como una sonaja llena de grillos. Clamo a Dios

piedad
¿Hay Dios?
piedad
Qué pregunta

Ana se pela las rodillas y no deja que las impurezas del aire lo espanten. Yo creo. Desconfío. Hago que Emili se involucre en mi vida y me tome confianza: la veo, sigo su cuerpo en un hondo movimiento de estiración, me unto de ella... Duele un poco atraerse de ese modo, ¿sabes? Pero ahí está, mírala. Me trae un poco de café; sostengo su mirada con calculada frialdad, prendo un cigarrillo y juego con el humo, deslizo la mano por debajo de la bandeja de aluminio y la pellizco suavemente; reacción: ella da un brinquito y hace como que está furiosa, pero en el fondo sabe que no, le gusta mi estilo. Luego endulza la cara y sale que la risa...

Pero ¿dónde se ven? ¿Dónde le hace la cosa sucia? Nos vemos en el sótano, de madrugada, cuando Ana duerme profundamente y por más que quiera no se puede dar cuenta de nada; ¿quieres saber? Bien, esto es lo que hago: entro al sótano por la puerta falsa y ella sentada en el tapete de lana que hay sobre la caja de herramientas, cuando me ve, tensa los ojos, nerviosa; yo la veo, quiero tranquilizarla, se escucha el resoplido de labios, reconoce tu olor; beso la tela húmeda, interior, de algodón, lentamente te dejas caer, te ahogas en ese túnel de aguas saladas y muérdagos movedizos; mírala estirarse: los ojos te gustan, lloran, sienten esta enorme ficisidad de cielo rascando sus perfumes y los cabellos agolpándose, tapándome los ojos...

¿Te das cuenta?, el instinto humano obra como máscara del inconsciente: Emili lo sabe; no hay peor piedad que el desprecio...

La otra noche, exaltada, Ana te llamó; tenía la cabeza como colgada de un clavo y las rodillas le temblaban al menor movimiento, inflamadas. Estaba pálida y sudaba hielo y fiebre. No me he portado bien, Juan José. Pero no es mi culpa... Emili está insoportable... Ya no viene... Le diré que se vaya... ¿Has visto mi conejito verde de lana?... Ven. tócame. El humo de la luna sobre la azotea ¿verdad que es hermoso?... Oh, te quiero tanto, Juan José... Contéstale. Yo también, Ana. Te quiero mucho. Silencio. La luz es pobre, estropajosa. Ana sacude pesadamente la cabeza. Respira con dificultad, aprieta fuertemente los ojos. Los párpados sustituyen el tono oscuro del exterior por una fuerte sensación de abandono. Tú percibes un cúmulo insípido de rasgos, un amarillo flotante, su piel. ¿Acaso en último extremo la muerte satisface? Apocalipsis 12:2. Y esa

claridad, al moverse, te deja momentáneamente fascinado. Luego levantas los ojos; oyes el gemido opaco, apartas la cara y ves una lunita polvosa y magra de pan recrudesciendo los cabellos de Ana. Te molesta ese espejo pastoso, lo sientes, sientes lo nimio, lo torpe, en la álgida sobra de su ser. ¿Es posible?

Han sucedido algunas cosas. Lo curioso es la sucesión veloz de los hechos; la voluntad de gusano tejiendo el capullito ruidoso de la espiga, confusión de lo que sientes por lo que rechazas: insoportablemente Emili, embarazada, llorando, pone presión a esa cáscara dolorosa de existencia. Pero tú no lo deseas; desde el principio estuvo claro que tú no lo deseas, Juan José. Mejor permites que sea El quien se lo diga, quien hable con ella y la convenza de que la mejor salida a todo esto, lo más prudente, es el aborto. Ella tendrá que comprender. ¿Que aborte? Sí, eso; en principio reaccionó como una fiera: No y NO, ¡Miserable! Pero al final, colocada en ese filo de cosas que es la vida, la voluntad se quiebra, se derrumba (espesas máscaras de aire, restos de basura, hojas secas de árboles, producen una sensación tortuosa), entonces comenzamos a ver las cosas tal y como son...

Ana no lo sabe. Emili se quiso matar; tomó un puño de pastillas de Negro Eterno y por poco se muere. Tú tienes que volver y explicarlo todo. Dirás cualquier cosa; inventarás la historia, el dramita, las escenas de vómitos, la luz del hospital: un hecho aparatoso, melodramático, ¿comprendes? Espiritualmente fúnebre.

Pero, ¿qué pasó?, dime. ¿Pudiste hacerlo? Sí, lo hice. Abrí la bolsa de plástico y salió todo el contenido, no quedó absolutamente nada; la formita

humana casi se desmembró, cayó en una segunda capa de polvo, por el puente. Difícil imaginar todo...

Mira hacia los lados, al silencio, fatigas mentales...

Anoche vi una película de Woody Allen. ¡Qué triste! La violencia audible que uno es capaz de acumular; esa vieja luz, el rostro inclinado de ella...



Francis Ford Coppola

Menú de caníbal

Seudónimo: Michelle de Nostradamus

Por: León de Moya Díaz

La voix ouye d'insolit oyseau sur
la canon du respiral estage si haut viendna du
froment le poisson que l'homme d'homme
sera antropophage.

Michelle de Nostradamus (II, 75)

Cada vez que cruzo frente al coliseo de boxeo (una o dos veces al mes, no más de cuatro) y recuerdo el clásico final de la saga, la noche de la sagaz repleción del vietnamita (que no era de Vietnam y mucho menos un héroe, aunque sí un absoluto merecedor de las hazañas que mentía), cada vez que leo o me cuentan cualquier historia de cualquier persona real o ficticia, de cualquier país, de cualquier continente, de cualquier planeta, de cualquier galaxia, de cualquier Dios, entonces sí, ya, entonces, como la irrefutable y eterna verdad de que las hormigas andan descalzas y deliran descalzas, se afirma en mí cada vez más la ya mil veces sopesada e inconmovible certeza de que yo, el otrora ladrón de carteras escondidas en los bolsillos de los espantapá-

jaros con cascabeles, el hoy tranquilo amante de Grace, podría caerle a tiros a cualquiera de los transeúntes que cruzan frente a mi ventana. Sí, estoy plenamente convencido, yo podría caerle a balazos, a trompadas limpias y a dentelladas sucias (¡ah sí!, el canibalismo, el meritorio atributo de mi compañero vietnamita que, repito, no era de Vietnam pero las hazañas que me(n)tía...). En fin, ese indescriptible desahogo que sólo proporcionan las ráfagas de sangre o las prostitutas masoquistas o las bombas-carta para delatores. Sí, el juego más fácil: salir a las calles empuñando mis revólveres y disparar a quien sea (a un espantapájaros con cascabeles), yo podría acribillar esa llorosa jauría de perros amarillos que me persigue en infernales pesadillas, yo podría dispararle a cualquier blanco (como los surrealistas), como un niño que con su juguete letal hará justicia. Primeras víctimas: esos edificios grises donde los hermanos albinos de mi infancia sacaban sacos de arroz de los almacenes, esas viejecitas enlutadas que salían de las iglesias en esas monótonas tardes de domingo y sillitas voladoras y tanda triple para adultos en el Rívoli; sí, yo podría matarlos a todos, a todos. Los recuerdo, al más largo y al más corto, al más blanco y al más negro, al más cóncavo y al más convexo, a cada Yin y a cada Yan, yo podría fulminarlos a todos (porque la lista es larga y esto es un pleonismo memorioso), fulminarlos y no detenerme a ver sus caídas. Por eso Uzi 1000, craqueteo y ¡Fuego a los cocheros reformistas que golpean con sus látigos-serpientes a mis caballos espumosos! ¡Fuego a los cráneos con velas encendidas dentro de las casas de los coleccionistas de sellos ladrones! (no sellos de Magyar Posta, esa maldita república), bien que yo pudiera vaciarle esta Uzi a los que protestan cuando pongo a

Klugh por cuarentisiete mil trecienta vez -he jurado un gogolplex de veces- fácil que me sería poner a bailar a los actuales aguerridos cazarratas de conciencias hoy reunidos en sus conciliábulos de vicios y teorías; pero no, no es cierto, hoy no soy capaz de nada, puesto que mis esfuerzos y ametralladoras deben concentrarse en rescatar a Grace. Grace ha sido capturada por un tal Johnny Steppanto. Pista uno: el cielo brumoso de Boston. Pista dos: el padrino menor del alcohol y de la sangre. La tres: balas Browning. Acto.

CARTOMANCIA. TAROT. SETENTA Y OCHO CARTAS. THOT, DIOS CREADOR DEL LENGUAJE Y DE LOS NÚMEROS.

Tarea: rescatar a Grace prisionera de Johnny. Hombre y corona. Buscarlo a Steppanto. Una casa y espadas. Sacarlo de su escondite como a una pantera de la jaula. Aquí una multitud de hombres sin coronas. Aquí varias espadas. Indagar sobre posibles pistas de otros posibles perseguidores. Aquí un diamante roto por un rayo. Investigar si alguien ha visto a este criminal de la foto. Cuatro soles, cuatro copas, múltiples copas. Ampliar la foto de Steppanto por si es necesario publicarla en los periódicos. O en el aire o en los postes de luz. Aquí una casa y copas rebosadas de luz solar. Guardarlo todo en la casa de campaña -coartada uno. No mostrar nada a nadie (exceptuando a un hombre que llegará diciendo haber asesinado una multitud de niños) hasta que la noche y el plan y la luna y la humedad del cielo y de la tierra y de las manos -el miedo- no se verifiquen. Aquí unos y otros y Janos, unirrostros entremezclados con guerreros. Nadie aquí son todos. Todos:

nadie. Las fotografías y los encefalogramas, sí. Tirarlos de un avión que luego explotará ante la vista estupefacta de dos niños; sí, aquí dos niños jugueteando en el cañón del plano aireado donde la medida del trigo es tan alta como la sed de la mujer atada. Sí, aquí hay un pájaro de insólita voz y multitud de hélices y rostros sin diamantes. Aquí, muerte. Un hombre en un desierto y buitres girando en círculos. Continuar las pesquisas hasta dar con su rastro. Seguir sus huellas: sangre, balas, sangre...Aquí amor, aquí salud, aquí familia, tres niños, fortuna. Vaticinio: encontraré a Johnny Steppanto, salvaré a Grace. Cuestión de vida o muerte totalmente urgente, irretasable. Meteorología: llueva, encontrarlo, truene encontrarlo, relampaguee encontrarlo, entre el mar encontrarlo, caiga lava encontrarlo. Croquis: en las calles de San Francisco o en las calles de Boston, o en las calles de Harlem (where the streets have no name) o en las calles de Bella Vista. Imposible dilatarme, quedarme comiendo una pizza o un cuento o una hembra -todas menos Grace- imposible la variante Pachmann, detenerme frente al obelisco o en los acantilados de mármol o en las autopistas o en los bares o bajo los puentes o allá mismo; sí, allá mismo, en esas misteriosas tardes de domingo en las que los hermanos albinos de mi infancia -nítido recuerdo de recurrencia fatal- sacaban sacos de arroz de los almacenes como si fueran muertos.

AJEDREZ, TABLERO, SETENTA Y CUATRO CASILLAS BLANCAS Y NEGRAS O BLANCAS Y VERDES. TUS OREJAS, TUS OREJAS BOBBY FISCHER, ¡CUÁNTOS CRÍMENES SE COMETEN EN TU NOMBRE!

Calcular en mi tablero. Imposible dilatarme. Con

la muerte no se juega. Con Alekhine no se juega. Con Fischer menos. Capablanca ni soñarlo. Peón cuatro Dama. Peón cuatro Grace. Apertura. Estilográfica testigo. Buscamos a Johnny Steppanto. Al animal. Celada primera. No buscamos a ningún Johnny Steppanto. Celada segunda. Buscamos a Grace de Steppanto. Mate, Jaque Mate. ¿Jugar otra vez? No. ¿Obsequio de las torres, un caballo y un alfil? No, intocable la dama y, por lo tanto, sus pezones. Triunfo recto. Nockout sobre Johnny en las casillas y en las calles. Convocatoria de arcángeles y astronautas divinos dadores de trofeos y de milagros demiúrgicos. Accesit no baldío: la verdadera dama, la dulcísima, hermosa, apetitosa hembra. Diagonal de movimiento. Se mueve en todas las direcciones marcadas por las veletas y las brújulas de mis deseos. Norte real. La coartada del rumbo en la oscuridad de las calles. Lo que guarde en esta casa de campaña será real para ella y para mí; la coartada para justificar mi ausencia mientras rescate a Grace, no será irreal (miento), un mero patrón ficticio ante la inmovible necesidad de consumir un solo hecho, todos los hechos posibles. La existencia del mundo necesita una coartada, como todo crimen necesita de una máscara para ocultar la derrota del cuerpo. La coartada del mundo en la palabra -signo, jeroglífico, graffiti (brother, can you spare a paradigm?), sino la coartada -creación, la coartada- ficción, la coartada-matemática, la coartada que tenga que esgrimir para encontrar a Grace víctima de Johnny (la historia es una historia de coartadas), la coartada casa de campaña. Sí, esa verde lona que resiste las picadas de mosquitos y los escorpiones que pululan por bosques y desiertos. En ella esconderé mis armas: mis ametralladoras, mis granadas, mis arpones, mis

bumerangs, mis dagas... Todo por si las moscas. Por si las moscas, madre, me iría a estrellar con esta casa portátil, mundo portátil. No. No temas, traigo salchichas, traigo chocolates y sueros, traigo fósforos (¡y todo para justificar una coartada!), fósforos que encienden en las suelas de los zapatos y en las rocas mutantes de las estrellas, mira, ígnea antorcha para ti, luces de bengala, ¡ahora!, soles tácticos para acechar las bestias bajo la lluvia, ¡ah!, el impermeable contra lluvias, chequea, ¡fru! (¡¡¡Adelante Grupo Diez, siempre adelante, adelante Grupo Diez San Agustín, San Agustín!!!) Puedes ir. Espérate, la garganta. Tus alvéolos. Campanita. Listo, fuera. Estúpido ritual antes de encontrar a Steppanto. En el rodeo así es que salen los vaqueros del cubículo. Yo vaquero. Rápido y sin temor. A nada temo. A nadie. Ser rápido como el soplo imaginario que creó los mundos. Cohete perseguidor de huellas estampadas en los caminos. Huracán vengador de olas lentas. No perros de San Bernardo. No Sherlock Holmes. No Hércules Poirot. No Auguste Dupin. No Raffles. Sólo un guante y una lupa, por si acaso encuentro huellas dactilares en los cráneos. Las huellas de Grace son pequeñas. Las de Johnny como las de un oso. Un oso polar que come nieve. No hay nieve aquí. No nieva. Caribe, estoy en el mismísimo Mar Caribe. Estoy bajo este sol derretidor de emes dieciséis robadas a ejércitos fósiles, incinerador de mis rubias hilachas de cabello. Aquí este sol de hermosas playas en las que construí numerosos castillos destruidos por las olas. Olas que se mueven como Grace. Livianas, lujuriosas, frenéticas. Sí, como esa Grace de vaporosas prendas, morosa, juvenil, ola enervante tentadora en pipelines con su melodioso mamotreto de espumas y sirenas y arrecifes. Yo perseguiré esas

olas tras vientos tórridos en desiertos adversos a mi saga, en urbes desconocidas donde estás prisionera; alcanzaré la tierra prometida de tu espalda por donde divagaré algún día después de mi larga carrera hasta alcanzarte. Nada podrá detenerme, nadie, ni los rayos de las calles asfixiantes en torbellinos, ni la fatiga enredarán mi impulso. Freno. Es a Johnny, es a Johnny Steppanto a quien estoy buscando. Inaceptable la demora inherente al prolijo paréntesis de sueño. Alerto mis cronómetros, mis cocteles Molotov. Ahora será un cometa, el teatro para Steppanto. Nada de me cogió un aguacero de petróleo con dedos de granizo. Me quedé dormido, Johnny. Sabes, Johnny, soñé con panteras terribles, amenazantes. Fellini soñó leones que lloraban para el banco de Roma. Era duro, Johnny, duro. El sueño es la razón de la tardanza. Perdóname, Johnny Steppanto. Nada de eso. Rebelión de Bastilla. No es una cita con Johnny, ni con la muerte, no con los arqueólogos o los dentistas. Tampoco con el amanecer (quizá sí, con el amanecer quizás) justificación: la vida de Johnny peligra. Coartadas de historia, una será historia (lectura con espejos) salvación obligatoria. Amistad de Johnny. Su vida suspendida en una cuerda. Acróbata, él lo ignora. De saberlo, mi ayuda resultaría innecesaria, mi salvavidas de balas y cuchillos, mis balas defensoras. Steppanto indefenso, expuesto en campo abierto. No hay campos de fútbol en el limbo, Johnny, menos en el infierno. Unico mi deber, uno solo: rescatarlos. Es cierto, como una flecha a un blanco; sí, Ascham escribió su "toxophilus", elogio del arco. Antítesis, la receta para cocinar el puerco, o el manual de instrucciones de la ametralladora. Yo compré dos Uzi- 1000 en la tienda de armas. Inversión de masa (¿mi carnet?, ¿dónde

está mi carnet de policía?). De ser policía no estuviera comprando ametralladoras ni bombas lacrimógenas. Tendría ya una colección en mi casa. Entré a ese cuarto gris. Perfecto. Solicitud: quiero esas armas para rescatar a Steppanto, Johnny Steppanto. Soborno: véndamelas a cualquier precio, cualquier fortuna. Johnny paga. Duda: ¿quién es Johnny? No se preocupe y sea feliz. Un amigo. Un viejo amigo mío de la infancia o un héroe difamado o un matón. Sí y meta esos cartuchos, también me los llevo. En esa maleta negra. Gracias.) Ya equipado me fui a llamar a Johnny. Verifiqué que el teléfono timbrara y timbrara horas muertas. Ni la gata en el departamento de Boston, Massachussets. Cero contestadora automática. Timbró catorce veces. Cero mayordomo para recibir mensajes y limpiar las vajillas de plata ensangrentadas. Tecnología dispuesta al discado. Nueva York, pon dos horas gratis. Déjanos el número de su marca (60124635816). En mis bolsillos, más de quince pesos. Treinta y siete una llamada. No hablaré mucho. Nada hablaré. Nadie (nadie son todos). Descolgará el auricular. Venga, venga rápido, están persiguiendo a Johnny, sólo usted puede salvarlo. Contestadora automática o viviente hipotética., Temerosa secretaria secreta hasta ahora. Util en cuatro. ¿Estaría amarrada en una silla del living? ¿Y Steppanto estaría con su rehén en Acapulco? No, Steppanto corre peligro (no Grace), corre por las calles de un Boston completamente gris, no suelta la rehén, la lleva agarrada por el pelo arrastrándola junto a su batallón. ¿Estaría el pelo -la cabellera- y las uñas de la rehén -y su rostro- esparcido en pedacitos por las calles? ¿Continuarán amenazados o simplemente amordazados pero aún perfectamente vivos? ¿Le habrán arrancado los secretos a Steppanto -y los

testículos? No se pierda...Imposible. Primero matarlo. Johnny resiste ciento veinte voltios como un cíclope un pellizco. Aguanta galletazos y trompadas y navajazos y escupidas. ¿Tortura total? No, ¿agujas mórbidas y cepo? No, el respeto prima. En la mafia nos respetamos el honor y somos limpios. A menos que no se juegue con la infamia de todas las infamias (¿?) Llamarlos, rápido, llamarlos. Noticia: ha desaparecido esta mañana a las diez, hora central del este, el Capo de la Cosa Nostra italo-americana en la ciudad de Boston Johnny Steppanto. ¿Un sangriento trastueque en los negocios? Steppanto, hijo de Sicilia -la puta- tampoco se conoce el panadero de su esposa. La esposa de Johnny: Grace la llaman. ¿Que si la conozco? No, no. Nunca había escuchado su nombre. Yo no la conozco. Ésta es mi marca. ¿Qué sucede? No, palabra. Ya no la conozco a Grace. No sé cómo se llama. No sé que se peina de lado esa hermosa cabeza casi rojovino. Yo ignoro las palabras que dijo la primera vez que, claro no fue la primera vez. Tampoco sé que tiene un triángulo de lunares (como el de Las Bermudas: Isósceles) en el muslo izquierdo. No es viaje astral, no; es más, sí. Ok, sí la conozco. ¿Y? (No debí soltar que conozco a esa puta; que sé de sus caderas permutantes, de sus cantos de sirena sobre mí...) ¡Ah, Grace!, pero ¿cómo esconderles que busco a Johnny porque a mi vez -axioma irreductible- buscándolo a él, te busco a ti? Les diré que busco a Steppanto para despistarlos. Eso hacían los búfalos: despistarnos, borrar las señales de pista trazadas en el Estrella con tiza. Una bruja se despista -se tumba- con la camisa puesta al revés o rezando el "Magnificat". Oscuridad de arcanos vigías. Les diré que busco a Johnny, a Johnny Steppanto. Al matón a triple sueldo, al introductor de la heroína entre las

gentes, al acribillador de monjas de sospechosas faldas; ese Johnny, Grace querida, que te cortó los ojos en una gala con "Godfellas" -maldito Johnny- que me dio un paquete equivocado la décimo tercera vez y una dirección bombardeada con balas de fuego. Ese sucio Johnny que te escupió la cara, que te pone a cocinar sus gusanos espaguetis con salchichones fuscias que no te permite margen de error en la asquerosa salsa, ese hijo de la descuernacabras que te compró a otros que no quiero -que no debo- conocer. Ese mismo Johnny que te certificó ante la máquina y te inyectó heroína diciéndote desde hoy yo soy tu amo y tú mi perra. Ese mismo sádico criminal descuernacabras y mafioso que yo busco y mataré. Porque yo busco a Johnny. A él. No a ti. Digo: ¿Captas? A ti yo no te busco. Es a Steppanto a quien le debo lo que estoy buscando y no sé si encontraré. ¿Captas, Grace? ¿Captas?

-Saludo. ¿Qué hace? ¿Dándole qué huellas dactilares a qué papel? Fíjese en esta foto. ¿Lo conoce? No tiene bigotes. ¡Qué despacio! ¡Qué lento! Baile. Trrrr. ¿A su papá? Oh señor, fíjese, estamos buscando a este señor. Ya usted sabe, como a los asesinos, a los suicidas, a los vaqueros, a los ladrones; buena gente, ¿eh? (Caín, Billy the Kid, Al Capone, Raffles, Jesucristo, ¿los recuerda señor, los rememora señor?

-Es posible, es posible que yo tenga conocimiento, que conozca el móvil de la saga. Muestro interés. Me intriga esa foto y ese maletín negro. La recompensa que pueda ganarse quien lo ayude.

-La recompensa es pasar a la historia (la historia es una historia de coartadas) como el exterminador que indicó el paradero del Rey del Hampa Johnny Steppanto. Nada más. Un carísimo lote de placas,

trofeos, medallas, diplomas, besos, discursos... Ahora si usted se compromete, si usted se compromete y deja las amibas para el postre -astuta y rentable decisión- veo que usted es un hombre serio. ¿Fue a Vietnam? Ah bueno, si usted se compromete, acepte el arma, deje su familia atrás, sus amigos, su trabajo, entréguele todo a los pobres y marche conmigo en busca de Johnny y de su esposa Grace de Steppanto. Sepa que desde este punto de vista hay quizás bastante dinero de por medio. Bastante.
(lectura con espejos)

-Vámonos a buscar al Rey del Hampa. Matémoslo. Comámoslo.

-Ah, amigo vietnamita. No, no todavía. Buscamos a Johnny simplemente, nada de heroísmos marrulleros ni supermanes antropófagos. Nada de yo le descuarticé el torso y le comí las uñas. Tenga paciencia, el avión sale a las cinco. ¡Ah, La Marquesa!

Y efectivamente, luego de buscar mapas y brújulas y sextantes, salimos en una avioneta hacia el país de Johnny. Un lejano y misterioso país del Oriente (error en brújula). Mis maletas y las maletas del padre (a fin de cuentas el amigo vietnamita era de esos que beben vino ante mujeres arrodilladas, Jean Paul). Eran nuestras casas de campaña con las armas escondidas adentro. Aterrizamos en Massachussets a eso de las tres. Venimos del Caribe. De una isla ubicada en el... Venimos del Caribe que descubrió Colón. Nuestros nombres no importan.

- Pasen.

- Mire esta guía turística: ¿podemos visitar Disney? ¿Ir a Universal Studios? ¿Al Tah-Mahal apócrifo? ¿Atlantic City? ¿Ir al Planet Hollywood? ¿Poseer americanas?

¡Basta! No podemos perder el tiempo.

Nuestro tour hacia el garaje en donde Grace está encerrada y llora.

-Sí, Grace, sí. ¿Quién es Grace? ¿Un hada? ¿Una prosti...? ¿Una paloma?

-Grace es la esposa de Johnny Steppanto. El hombre de la foto a quien buscamos y a quien debemos encontrar como a Jesucristo, nada más, amigo mío. Antiguo matón de vietnamitas que ahora la liebre hay que matarla contundentemente, no permitir resurrección.

-Comérnosla, perdón, castrarle el Ave Fénix. Estoy de acuerdo. Colgarla del Empire State (llevarla luego al Puente Duarte), dejarla pendular en una sogá y un neumático que no sea Firestone o mejor no matarla. En el fondo (y en la superficie) a mí no me gusta asesinar, ¿sabe usted? Lo de los niños fue una pura lástima. La soledad en las guerras, en como cualquiera de las coartadas de la historia: muchas veces no son todas irreversibles. ¡¡¡Malditos chinos, abandonadores de niños!!!

-Sí, mientras tanto, cero ilusiones demacradas. Cero demagogia futurista. Calmémonos, encendamos el televisor. NBC News. Estos hoteles portátiles para viajeros, son el último avance de la tecnología. No hay que hacerles zanjas alrededor. Iluminas con las velas o los focos y la luminosidad duplica sus jachos reflectores en esta noche al lado de la carretera WEST 134N Normal el clima en USA. Aceptable. Fresco. Clima de otoño, de cigarras bulliciosas emigrando al sur de nuestra casa de campaña como una chirriante lluvia intermitente. Sleeping bags. ¿Le gusta a usted, compañero de persecución, dormir en sleeping bags? Le da lo mismo. Sí, encendamos el moderno televisor portátil que está al lado del cuchillo. Power. On. Antena. Izquierda. Ok We're not talk-

ing about Larry's imagination... interrupción de señal... olor a lona... dolor por no tener a Grace aquí en esta lluviosa noche previa a su encuentro. El otro canal. Ese... teligence forces have suggest this mornig that Johnny Steppanto and his wife Grace the Steppanto had gone to Dominican Republic a very funny funny country in the same Sun's way. Escaparon. Se ha ido al mismo país del que venimos. Esta mañana. Ya estarán hospedados en alguna villa secreta. ¿Nosotros?. ¿Las ametralladoras?. ¿Las balas? Tenemos que detenernos... A meditar... Ya. ¡A la búsqueda del tiempo perdido! Domine a sus criaturas, no les permita la más leve distracción que pueda impedir que la flecha dé en el arco. Máquina movida por palancas. Eey, eey, eso no se vale. Dejarlo irse al Taj-Majal y volver ricos del casino Yerba Mala. Hard Rock Café, Yerba Mala (puede venderla). Mickey Mouse Yerba Mala. Arrancarlas todas de raíz. Tigre de la fauna. Epopeya de ineludible síntesis. Sí, dejarlos que regresen a la tierra de las maravillas y los equimalitos. Alaska es un truco de cámara, el Charco Estrellas, allá mismo, en Guaiquí, es un charco verdaderamente despreciable, la diana es Johnny. Matar a Johnny y rescatar (¡Ah! ¡Odiseo de múltiples amages!) a Grace la soñada, la deseada. Tablero. Buscar el tablero de sesenta y cuatro casillas blancas y negras o blancas y verdes, las casillas donde pueden jugarse la partida infinita de una misma coartada de una misma historia de un mismo planeta de un mismo universo. Utilería. Recoger la linterna, el cuchillo, los fósforos e irnos al blanco de público, mercadotecnia persuasora, el Target Market de los eventos necesarios amarrados a un solo eterno lazo. Todo dispuesto a un solo rumbo de aviador. Acto.

Ahora nos vamos de regreso a buscar a Johnny Steppanto, el mismo descuernacabras de cuatrocientas atrás. De vuelta en un globo aeroestático permisible, pero no, ¿azafata?, puede usted o cualquiera de ustedes en este Boeing, ofrecernos whisky a mi amigo sentado al lado de mí tanto como a mí? Gracias, muchas gracias. ¡Ay!

- Llegamos a este país a las 12:00 horas GMT (hora de Greenwich). Fuimos en mi Hornet a buscar a Johnny - y a rescatar a Grace, cada vez que se pronuncia apetecida Grace. Cronómetro. El tiempo apremia. Tablero. Las blancas atacan. Verlo todo claro. Le mandamos por correo a Johnny (pensamos que eso de ir con una ametralladora a tomar la justicia por nuestras propias manos era un atentado contra las normas de urbanidad e incluso mi amigo vietnamita recordó el quinto mandamiento mientras decía que "el secreto de la Gracia es que nunca es tarde, que todo el amor de todos los santos puede estar contenido en un suspiro), le mandamos por correo a Johnny una entrada al Coliseo de Boxeo. Dos entradas. A las ocho treinta fuimos con nuestras magnums escondidas - eso sí - y no nos desarmaron. El bullicio era enorme. Grace pudo verme. Saltó las gradas y nos abrazamos finalmente mientras mi amigo el vietnamita (el que fue a Vietnam) vigilaba. Grace me besó mientras el gordo noqueaba al menos gordo y de premio prometió acrobacias coruscantes. Yo sabía que todo estaba planeado, le dejé a mi amigo vietnamita (que había cambiado repentinamente de parecer y ahora sostenía que había que borrar la mancha de la sangre inocente con la mancha de sangre culpable) le dejé los delicados avatares de la antropofagia: descuartizarle el torso y comerle las uñas a Johnny.

- ¡¡¡Astuto vietnamita!!! por no desahogarme a tiros con Johnny es que hoy yo pienso que podría caerle a balazos a cualquiera de los transeúntes que cruzan frente a mi ventana. Sí, yo podría caerle a balazos y a trompadas limpias y a dentelladas sucias pero... ¿Podré contenerme? ¿Podré aplacar la sed? No se pierda... Imposible. Hoy solo sé que yo y Grace vamos a tener tres hijos.

(A QUENTIN TARANTINO)



Harvey Foiger 1996

Guacárana

Seudónimo: Claudia

Por: Emérita Méndez Fernández

Hicieron un hoyo en el piso de tierra del bohío, en el fondo pusieron ceniza todavía caliente, la cubrieron con hojas frescas que al recibir el calor de las cenizas despedían un aroma peculiar. Eran de varias clases, una mujer guardaba el secreto, lo había heredado de su madre y esta de la de ella y así sucesivamente por incontables generaciones.

Seguía el movimiento de los preparativos en silencio. Entre humo ligero, aromas dulces y ocre; fuertes dolores, densos sudores, suspiros.

Allá, afuera, lejos, el tambor sonoro pidiendo a la Madre de la Fertilidad que mostrara su generosidad con la llegada de otro ser a la aldea. Hacía muchas lunas que no nacían niños.

Las mujeres vírgenes, recluidas, aguardaban el momento de hacer su ofrenda de gracias. Las casadas arreglaban a las doncellas engalanando sus cabezas con coronas de flores, tejiendo guirnaldas desde la cintura hasta los pies. Los preparativos comenzaban con los primeros síntomas. En estos momentos todo era expectativa, tensión, movimientos que se alternaban entre lentos y rápidos, como el ritmo del tam-

bor. Se había hecho de noche. La luna estaba alta.

Mi piel oscura y desnuda brillaba a la luz del fuego. Sentía calor y frío. Me acomodé de cuclillas sobre el hoyo del suelo; el calor y el vapor me aliviaron momentáneamente. Al poco tiempo, los dolores se sucedieron con mayor rapidez. Ella me golpeaba con un haz de hojas en la espalda, a nivel de la cintura y decía unas palabras que yo no entendía. Después ponía las manos sobre mi vientre, hinchado, empujando con todas sus fuerzas hacia abajo. En ciertos momentos, el dolor era tan fuerte, que sólo la esperanza de coger a mi hijo entre mis brazos y amamantarlo me mantenía viva. Ahora sí tenía un motivo para vivir. ¿Cómo sería esa criatura producto de una pasión mezclada con terror? ¿Tienen acaso una seña los seres traídos al mundo con odio y deseos incontrolables? ¿Vienen con piel oscura o clara? ¿Son hijos del Sol o de la Luna?

Mi tierra hermosa estaba rodeada de mar. De él se recogían peces, algas, piedras. Nos mostraba paz y tranquilidad en tiempos de armonía; furia e inquietud, en otros momentos. Tragaba el río y bebía la lluvia. Cambiaba de color para dejar ver su temperamento. Poseía todos los matices. Todos los seres venían de él. Buenos y malos, generosos y perversos, bellos y feos... El lo daba todo y lo quitaba todo. Hablaba de amor y de venganza. Exigía vidas y se las cobraba. Yo lo amaba y lo temía. El amor combinado con el temor sí lo conocía.

Aquel día, temprano, antes de salir del sol, ya estábamos en la playa. Era el tiempo del desove de las tortugas y teníamos que recolectar los huevos antes de que el sol los calentara. De cada postura solo se podía tomar uno. Esa era la ley y las leyes se cumplían. Por eso vivíamos en armonía, sin fric-

ciones, sin preguntas vanas. Nuestras necesidades de sobrevivencia se satisfacían día a día con cada salida y puesta de sol.

Ya regresábamos a la aldea, subíamos la suave cuesta con los preciados tesoros colocados cuidadosamente en yaguas y acarreadas entre dos. Nuestro paso era lento.

Miramos para atrás para contemplar el espectáculo de cientos de hoyos llenos de huevos a pesar de nuestra recolección. El sol salía con fuerza y brillantez. Habíamos terminado nuestra tarea justo a tiempo. Alguien miró más allá de la playa, al mar que estaba tranquilo en esta época del año. Vio tres bultos grandes y de forma desconocida que se movían hacia nosotros. De su boca salió un sonido extraño, mezcla de asombro y de temor. Todos miramos al lugar señalado. Esos cuerpos grandes, cada vez más según se iban acercando, nos llenaban de terror. De nuevo emprendimos el regreso a la aldea, pero esta vez aprisa. Depositamos las yaguas en la entrada de los bohíos y fuimos directamente a buscar al sacerdote. Miramos hacia la roca sagrada, desde donde se divisaba el mar y allí él estaba con los brazos extendidos en cruz, movía la cabeza de abajo hacia arriba al mismo tiempo que oraba. Era la oración del amanecer de los días de grandes augurios, buenos y malos. Todos nos tiramos al suelo de rodillas y con la cabeza baja entre las manos, ofrecimos las acciones de ese día.

Otro fuerte y desgarrador dolor me trajo de nuevo a mi presente. Gracias Madre, Diosa de la Fertilidad, que fuiste generosa con tu hija que conoció el dolor y la vergüenza entre las cañas. Después fue premiada con la necesidad impaciente de la presencia del hombre fuerte, brutal, posesivo. De otra

raza, de otro color, de otro mundo. Tocada por Ti, Madre Fecunda, fui privilegiada con la preñez. Gracias por este dolor largo y profundo parecido al placer que conocí.

Los cuerpos que se movían en el mar y venían hacia nosotros llegaron a la orilla. Eran una especie de canoas inmensas, con largos palos que no eran troncos de árboles. De allí bajaron muchos seres extraños que se movían con rapidez. Miraban a un lado y a otro. Hacían gestos. Corrían. Regresábamos con el sacerdote cuando nos tropezamos con ellos, sin darnos tiempo a protegernos, ni siquiera a huir, fuimos brutalmente sorprendidos, agarrados, amarrados y amordazados. En ese momento de confusión, terror y dolor, vi la aldea arder. Las mujeres, niños y ancianos salían corriendo de los bohíos en llamas y bajaban la loma gritando, con los brazos en alto. Llegaban a la orilla y se tiraban al mar, enloquecidos por el terror, sin poder buscar otro refugio.

Con este nuevo dolor, sentí que se me abrían las entrañas. Un pujo incontrolable, prolongado, fuerte... Separó mis rodillas con fuerza y me examinó. Me echó en el piso sobre la espalda, dobló mis rodillas apoyando los pies firmemente sobre el piso a ambos lados del hoyo.

Los gritos se confundían con el sonido de las olas. En medio del caos, fueron también destruidos los nidos de las tortugas. El lamento de la Madre Naturaleza se dejó oír en un trueno aterrador. De repente, el sol se nubló, la tierra tembló y la montaña sagrada bramó dejando escapar de su seno piedras incandescentes. Los seres extraños vociferaban más y más. Corriendo como poseídos, subieron a sus inmensas canoas, pero no dejaban escapar a sus presas. Las amarraban con fuerza salvaje unas a otras a

los palos altos que no eran árboles. Me sentí atada de pies, manos, cintura y cuello. Estaba de pie, mi cuerpo totalmente descubierto. La gran canoa comenzó a moverse. Hacía grandes esfuerzos para soltarme. Cada vez sentía más dolor. Hilos de sangre corrían por todo mi cuerpo. El agua de mar salpicaba mis heridas y ardía. Sufría intensamente. Las lágrimas bañaban mi cara, cerré los ojos y permanecí tranquila, acepté finalmente sin rebeldía mi destino. Recordé mi ofrecimiento.

Vi desde arriba la escena. En ese grandioso momento la criatura salía de mi cuerpo. Unas manos agarraban su cabeza. Su cuerpo se deslizaba con fuerza hacia el exterior, sobre las hojas tibias. Su cuerpecito estaba amarrado al mío. El color de su piel era como el ámbar, como la miel, brillaba como el oro. Pude ver con claridad que era una hembra hermosa. Al oír su llanto, percibí su mensaje. Mi cuerpo se convulsionó, salió lo que unía el cordón de mi hija a mí. Las manos hábiles anudaron y cortaron. El choque de las piedras simbolizó el final del acto.

Me incorporé, alargué los brazos. La niña fue depositada sobre mis senos. Ambas fuimos cubiertas con grandes hojas en forma de manos amorosas, tiernas. Cerré los ojos y me abandoné al inmenso placer de la maternidad. La vida fluía entre nosotras, a través de nosotras, más allá de nosotras. Con fuerza expansiva llenaba los confines de la tierra. La Madre de la Fertilidad se había mostrado. Su influjo se dejó sentir en el calor tibio de mi hija, en el rápido latido de su corazón, en la búsqueda instintiva del pezón. La Madre Naturaleza, regocijada, descorrió el velo de la noche permitiendo al Padre Sol mostrar los primeros rayos del día.

El sacerdote de la aldea llegó seguido de las doncellas engalanadas. Caminaban majestuosamente al son de los tambores. Se agregaban flautas de caña y otros instrumentos hechos con higüeros secos y huecos llenos de semillas y piedrecitas. La gente del poblado se congregaba en fila silente, con respeto.

Me habían preparado un collar de flores. Con hojas me cubrieron el vientre flácido y plano. Con suavidad me hicieron salir. A falta de padre, la madre tenía que presenciar la ceremonia.

Al llegar a la parte más elevada de la aldea, todos nos detuvimos. El sacerdote, de cara al sol naciente, alzó la niña sobre su cabeza, pronunció las palabras sagradas ofreciéndola al Dios Creador. Reinó un silencio solemne. Un enorme sentimiento de gratitud salía de mi corazón para todo el mundo, para toda la vida. No pude sostenerme de pie. Me dejé caer sobre las rodillas, bajé la cabeza y besé la tierra que sin ser la mía era donde había llegado mi hija. Eso la hacía ser también la mía. Me sentí parte de ella, la regué con mi sangre. En ese momento, alcé la cabeza y vi la niña brillar, suspendida en lo alto, parecía una estrella.

La música comenzó de nuevo, las doncellas empezaron a danzar y a cantar. Sus movimientos eran lentos y acompasados. Todos lo hacían al mismo tiempo. La música aceleró su ritmo y los movimientos se hicieron más rápidos. Se iban quitando las flores de su atuendo y las iban echando una a una, con graciosos movimientos, en el centro del círculo que habían formado a mi alrededor. El sacerdote entró al círculo con la niña en brazos y la depositó en el lecho de flores. Confundida entre ellas, dejaba ver su calidez sólo con sus movimientos. Permaneció sin llorar durante toda la ceremonia.

Había heredado de su padre el arrojo y la valentía; de su madre la sumisión y el respeto. Era la fusión de dos razas, el nacimiento de una nueva que poseyendo características de las dos, tenía también las propias externa e internamente.

Terminada la danza, el sacerdote cogió la niña y la entregó a su madre. Esta yacía sobre la tierra húmeda, confundida con su color. Tenía en el rostro una expresión de amor, dulzura, satisfacción, comprensión... Su misión había sido cumplida.

Proyectándome hacia el futuro pude ver millones de seres que brotaban de su ser como agua de un manantial. Había nacido la madre de una nueva raza.

II.

Menciones

Contradanza

Seudónimo: Pitigrilli

Autor: Julio Adames

Con ambas piernas acalambradas por el frío, Julio trata de hurgar una existencia abstracta esta noche. Debo decir un punto blanco donde el cuerpo reciba el impacto de bala, sin que los ojos tengan en cuenta otra cosa que no sea el humito aceitoso que sale de la boca del revólver. Porque mi fin exacto es posible. Me he gastado años llenando papeles, atiborrando hojas de historias increíbles, tratando de explicar mis propios actos en los actos ajenos, en personajes que he creado para tales fines, repetidas figuras de mis egos, de mis tantos yos. Sin embargo, hoy no podré actuar, ni siquiera correré el telón: seré mi propio espanto, muñeco desfondado de paja y aserrín; en mi vida nada satisface, ni hijos, ni mujer, una vacuidad aplasta mi existencia más próxima.

De mi mohosa vida no he sacado nada, si concluyo aquí, muerto, arrasado por nada, nadie lo notará, será como si concluyese una piedra seca, inamovible, derruida por su propia caótica ruindad. Como Cristo, muerto a los treintaitrés años, sin un leve rumor que estremezca mi carne. ¿Acaso por su naturaleza el suplicio final sea elevado goce? Aquí, sentado en este mueble ruinoso de guano, me siento como una piltrafa humana.

Las ráfagas de aire del ventilador me recorren simultáneamente, acaso deba tomarme lástima antes de la gran ferocidad de apretar el gatillo. He sentido eso, alguna vez, moviéndome por el espejo, tasando el peso de mi propio tacto doloroso, las pestañas sucias, groseramente enmarcadas por un borde de herida de navaja y un mechón de pelo duro y tieso que sobresale en el pómulo hundido. Con esa horrosa estética vivo fielmente mis ideas de destruirme; en un rincón sin luz ocurre el desplome, mi vida.

Confieso que alguna vez me enamoré y ese veneno me poseyó fugazmente. Fue como si un golpe certero me redujese a lo nimio y a la insignificancia; su belleza era algo cruel y torturador. Una fuerza involuntaria ardía en mis entrañas y me quemaba vivo. Sus ojos miraban donde yo no existía, su corazón latía donde yo no miraba. Un buen día, la mató su belleza, entonces tampoco fui feliz; yo estaba enfermo de esa enfermedad. ¿Por qué seguía plácidamente la tortura? Empapado de pequeñas frivolidades, puse límites e inventé mi jaula desarmada.

Luego recuerdo bien mis exactos puntos vacíos, la tela en blanco de cuando uno desarruga lo suyo; la vida incolora, inodora e insípida, la vida empapada de agua de vida (concepción de Heráclito), vacío repetitivo de lo nunca-eterno; la fragancia de esas volutas esplendorosas que no nos dejan vivir en paz, que clama como furibunda puñalada, llena de pasión y oprobio, en los momentos más auténticos de nuestras vidas. He aquí la nueva angustia de los angustiados (Kierkegaard es impensable frente a estos despojos). Ahora no me cabe duda, estremecido de muerte, tengo total vigilancia de mí ante la impronta del suicidio.

Comenzaré por aceptar mis dudas, el labio me

pesa, hundo mis dedos en esta súbita implosión. He notado lo viejo e inútil que siento sentirme, esa pesadez inequívoca me marca, siento la pesada aura, me señala como a una "re nullius" o me clava los clavos explícitos de la muerte y no puedo moverme, trasladarme de mí, de esa poderosa zozobra, agua empantanada que fluye y responde a ella. Entonces acaricio el cañón del revólver (esa sensación táctil me regocija) y lo deposito dentro topando el cielo de la boca donde chupo el hierro con cierta autonomía. Luego lo hundo un poco más hasta la úvula, pero el gusto martillado repele, quiere aguardar, negarse no, destruir la lucidez extrema de lengua congelada; siento asco al extraerlo de la boca.

A lo mejor quiero unirme dulcemente a algo, un hecho, una tarea. Confieso que a veces he ido al cine, como los otros, a concretarme. Me complace la asquerosa faena de actuar. Desesperadamente, sin ese propósito, goteo unos cuantos gramos de cicuta cuando veo moverse un rostro joven detrás del foco veleidoso de la pantalla. No tiene que ser un rostro humano. Basta que sea hermoso. El otro día, por ejemplo, vi una película de Sidney Lumet, se titulaba "Equus". La esencia, el espantoso milagro de todo, lo experimenta el personaje principal cuando en el estado extremo de su locura y pasión, terminaba por sacarle los ojos a unos caballos. Juro que la escena me conmovió hasta el llanto. Ver esos rostros, esas caras eternamente desgarradas, es suficiente para uno sentirse desesperadamente bueno.

Pero a decir verdad, eso no complementa, mi vida sigue fofa, huera, desacompasada. Es la visión de vacío de... ¿De qué? Hay cosas que a uno se le antojan irreconocibles y tardan tiempo en ocurrir. Por eso leo filosofía y me gustan los cueros. A una de

esas putas, de acuerdo a mi modo de ver, deberían darle el Reconocimiento al Mérito Municipal, se lo merece. Vieja, seca como una tabla, alta, de pelo oxigenado, por sólo diez cheles nos enseñaba, a una cuadrilla de estudiantes, cómo hacer con el sexo. Recuerdo que nos turnábamos en aquel inolvidable cuartucho de paredes de madera, donde se respiraba un aire empapado de miao y caldo de arenque y donde ordinariamente salimos de allí con las pupilas encendidas por el milagro. ¡Oh, maldita Fulgencia, dulce Fulgencia!

Que me perdone Ingrid. Quiero cumplir fielmente con la tarea de matarme, volverme un coágulo nauseabundo, desaparecer. Que no llore mamá. Tantos años me llevan a un limbo personal, opaco. La música de un tic nervioso me transmuta en una flauta de pobreza, el cuerpo se baña de olores rosa y suda. Las manos desempolvan libros que ya no leo, en algún punto Sherillette llorará desesperadamente y mi muerte servirá de algo.

¿Es que la vida se desprende de un miembro repugnante y da a luz una flor? Al leer a los Poetas Malditos, quise ser uno de ellos. Pero a lo más que alcancé fue a ser un desaliñado, patético, maldito sujeto. Profusamente, sólo me queda oler, devorar el aroma de "Las Flores del Mal", señalarme inseguro, sordo, atolondrado bajo esas bujías de alta tensión de Baudelaire o simplemente menudo en las costras vacías de Rimbaud: "*Puis, la chambre est glacée... on voit trainer a terre, épars autour des lists...*"

Observo esa luz manchada y húmeda a la vez, chocando con la fotografía enmarcada, pegada a la pared, en que figura mi rostro. El ciego resplandor se agita en mí como una babosa. Cuando entro a ese lugar tenso de mi interior, quisiera permanecer vivo,

mutilarme, cortarme en trozos diminutos de carne. Pero mejor es la explosión, el enervante estallido. Apunto el revólver hacia la foto. Veo esos párpados helados e inquietos. Se cierne un pedazo de sombra sobre el torso desnudo. Debe ser más fuerte que yo la fuerza que levanta el percutor cuando aprieto los dedos: el ciego resplandor se agita en mí como una babosa.

Inconscientemente, nado en el polvo indeciso de estos objetos, la foto, los muebles, un vaso, dos botellas de ron, libros dispersos por todos lados, restos de basura. Un borracho sin interés en sí mismo, ese soy yo: sin fuerzas, sin interés en nada, ni en matarme. Acerco el vaso y bebo todo el contenido. Qué me pasa carajo, Ingrid, qué me pasa.

Encerrado en la sombra, rascando en el subsuelo, hay algo. Ingrid se llevó a la niña, me dolió. Lo hizo después que peleamos; permanezco sin noticias de ellas. Por eso la invocación viene al caso, molesta. Es tu vida, Julio, todo ocurre con una fría lentitud. Un juego ciego y grave donde uno se imagina que alguien lo golpea, un animal de vientre invisible. Esta frase es un relámpago que me obliga a acercar involuntariamente el arma a mi pecho, a mi sien, como el que no desea un segundo más.

Ciertamente no deseo más; mi cuerpo yace en una esfera de violencia profunda y horrorosa. Sé que con esta oscura destrucción, se destruye mi ser, mi exacto vacío de salvación, porque dejo de pertenecerme. No voy a llenar conmigo mismo otras expectativas, otros momentos, me obligo a lo fugaz. Basta con entrar a esta raíz, a la atmósfera fría de esta raíz metálica, al impulso breve y hostil del revólver. Ahora creo que al fin moriré. Veo el recortado cañón entre el ojo y la piel. Esta plata de hielo me inmoviliza. Me aterra. Dejo que el cuerpo suceda, sonrío.

Comprendo lo exacto de mi muerte, extraño pataleo de músculos y polvo. Pensar el peligro nos retrotrae a una rápida reflexión: el arma puede estar vacía, descargada, inocua. No tiene sentido llenarme de miedo, cerrar los ojos, azotado por aquel polvo oscuro. Levemente inclinado, golpeo y el movimiento de mano abre la masa del revólver, miro por las ranuras del tambor y cuanto las balas, cinco en total; entonces, hago girar el cilindro en sentido contrario y todas las piezas vuelven a su lugar cerrándose el engranaje. Ahora incrusto el cañón en mi boca, con la certeza de concluir; aprieto el gatillo y el disparo funda un espacio fragoroso de ondas dispersas.

Débilmente, entro a la foto manchada de la pared.

Silencio.

Unas flores perfumadas, excesivamente blancas, asoman por el agujero de bala. Como Dios, el silencio coagula la mente en blanco.

El último día del otoño

Seudónimo: Mayo Rulfo

Autor: José F. Almonte P.

El trueno del balazo estremeció todos los rincones del pueblo. Tocó de puerta en puerta como un cartero chismoso y arrastró a cuantos encontró a su paso para conducirlos frente a la casa del suceso. La detonación fue tan descomunal que no hubo barreras ni distancias soportables para interponerse al desplazamiento del intenso ruido cuyo carácter ciclónico sometió los árboles a protagonizar un otoño prematuro. Derribó parábolas y antenas de televisión, destrozó espejos y vitrinas de tiendas. De tal manera escandalizó al pueblo que en el parque público vagos y politiqueros, paleteros y chinchorros abandonaron sus plazas para lanzarse en vertiginosa turba a observar lo nunca visto en el municipio.

El ventarrón sónico irrumpió en la iglesia, apagó las luces de cera colocadas sobre el altar mayor y desprendió de las paredes media docena de candelabros con todo y sus bases de hierro incrustadas en el cemento armado. Las puertecitas del sagrario se estrellaron una contra otra hasta convertirse en un

amasijo de fibras de madera, mientras la eucaristía quedaba frustrada porque el estrépito arrebató el copón de oro sostenido por el cura y nadie reparó en las hostias desparramadas por el suelo cuando salieron confundidos a empujones y codazos, todos los feligreses convertidos en una sofocante masa heterogénea seguida del Párroco que moría de curiosidad por ver lo ocurrido.

También el doctor del dispensario público apresuró una inyección de emergencia a una víctima atropellada por la multitud para sumarse también a los bodegueros, carniceros, colegiales y profesores, quienes aguardaban, con atención desmedida, el llamado del estruendo, cómplices del boticario que abandonó el establecimiento para unirse al torrente descarriado, ansioso de orientación y noticias. Asimismo, el dentista, tirado por la fuerza de la explosión, salió disparado dejando con una muela a medio extraer a un pariente suyo. Olvidando tirar la bata en su repentino desconcierto, semejaba un ganso con el plumaje alborotado.

En la Corte de Apelación, el estallido levantó la sesión al chocar el plomo con la campanilla dispuesta sobre el estrado. El juez voló; pisándole la cola iba el fiscal, la defensa y hasta el abogado del pueblo. Los ahora ex-convictos y dos militares de seguridad les seguían los pasos. De igual manera, por la esquina adyacente, venía el Gobernador con el Alcalde, abriéndose paso por la fuerza de la ley entre la muchedumbre desorientada, escoltados por una recua de oficinistas, conserjes y guardaespaldas que respiraban la polvareda ruidosa de su prisa.

Así pues, el pueblo en turbas se apostó frente a la casa del suceso constituyéndose en una espesa masa murmurante. Varias filas quedaron formadas

desde las paredes próximas, precipitando a chorros un sudor de olores agrios. Repletos el espacio circundante, los techos, usados como palcos, crujían. No se salvaron ni los cocoteros, ahora preñados de racimos de comeojos, atentos a observar la víctima. Los rincones más recónditos de la región del Cibao y zonas aledañas jamás olvidarían esta tragedia otoñal que provocó casi un eclipse de sol y borró de la mente cotidiana el triple asesinato de las Mirabal.

- Es un suicidio, sentenció una voz.

- ¡Vaya!, terminó con sus problemas, dijo una lengua misógina.

En medio de la multitud y su griterío de carnaval, el ruido decidió regresar para instalarse en la cabeza de Eutanasia Romero cuando la bala del revólver le perforó la sien derecha infundiéndole una sensación extraña. Sólo a ella se le podía ocurrir que el pueblo, anclado frente a la casa casi oraba ya su "requiescat in pace", reventando en ovaciones a cada mención de honor en las letanías. Sin embargo, cuando el plumaje multitudinario del vocerío revoloteó inmisericordemente, casi enloqueció, y en el trance de la aclamación a Dios, cruzó inadvertidamente rompiendo el franqueo de la muchedumbre rumbo a la parroquia con el fin de ganar la indulgencia ante el Cristo. Ya en la Puerta de los Desamparados de San Juan Evangelista sintió la fresca levadura del alivio inflándole el pecho tras haber burlado el acoso de los ojos sobre la cúpula, último recinto hallado por los espectadores, quienes disfrutaban de aquel espectáculo con una regia panorámica.

Cualquier parroquiano embriagado de tabúes supersticiosos hubiérase postrado para orar embebecido ante la objetiva revelación de Santa Eutanasia

Romero, por la postura inmóvil, la serenidad del rostro y la mirada estática coronada de esa mantilla de tules semitransparentes cayendo a chorros de niebla sobre los hombros severamente rígidos y cubriendo, con delicadeza servil, el salto de noche que se deslizaba por el cuello en finísimas cascadas de azabache. Provocado por la nube flotante del velo, un espejismo reverberaba en el ambiente mágico de la iglesia, levitando los muebles litúrgicos convertidos ahora en un conjunto de figuras deformadas. Esta sensación sideral, condensada en los ojos de quien fuera luego su admirador, despertó en él la sombra sumisa de la curiosidad para inducirlo a saborear en una pregunta, la virtud de ofrecer sus votos a quien ridiculizaba la imagen de una diosa griega.

- ¿Le sucede algo, señora?

Debió ser más infiel una fotografía de ella, ante el retrato dibujado por él sobre la tela de los ojos, cuando plasmó con el pincel místico de la mirada, la magistral obra contemplativa tras el esfuerzo de una laboriosa combinación de imaginarios colores rebuscados en la acuarela del iris. Satisfecho de su labor artística, absorto y tímido, abandonó el extremo opuesto del asiento, agotando sólo tres pasos para asomarse a ella.

- ¿Puedo ayudarla, se...ñorita?

Anegada en el cotorreo de una oración desafinada transmitida por los mirones desde la cúpula, la embargó una de las premoniciones humanas que ella ahora se disponía a realizar. Súbitos aleteos en la jaula del pecho la sorprenden, acorralada por los cientos de feligreses que abarrotan la iglesia, encarnizando el abejoneo de su chorro murmurante la mirada resbalosa que cruza ella frente a él mientras gira en dos medios círculos la cabeza atentos a

observar la extraordinaria ceremonia jamás celebrada en la comunidad. La mirada y él, otra vez, ahora enfocándose los rostros discretamente y manifestándose una expresión decididamente afirmativa ante la espera impaciente de la pregunta del Párroco planeada con los detalles más inverosímiles de la improvisación donde lo espontáneo decora la extravagancia de lo real y la humildad de lo imaginario. Todo para cautivar enardecido al joven dispuesto a llevarle del brazo ante el eclesiástico para recibir la bendición nupcial y desposarla al ritmo de un vals tocado de relámpagos diestros en disecar la imagen del recuerdo en variados tonos de serpentinas y guirnaldas donde ella gravita bajo una lluvia de arroces matizados y manojos de nardos y puñados de pétalos al son de las granizadas de aplausos cumplidos de los invitados para granjearse el brindis rebotante de ilusiones, muchas felicidades, besos, abrazos y pórtense bien, música, algarabía y esto y lo otro... Un bullicio de gente sedienta de novedades que ahorita conformarán el velatorio sin acompañar sentimientos...

- ¡Hay que tirar la puerta!

- ¡ Sí! ¡Llaman al fiscal!

Ella prefiere al sepulturero para no quedar atrapada en el instante de su desgracia, detenida en el manojo de papel tipografiado, conservado dentro de un folder cochambroso y carcomido por los agujeros del tiempo. Era la semilla de lo trágico encubierta en el torbellino jocoso de un ruido andariego. Un reporte protagonizado por una desdichada que respondía exactamente al nombre de ella, la cual, bajo los efectos de la curiosidad, descubrió la crónica de un suicidio cuya víctima, de nombre igual al suyo, después de leer los acontecimientos de una tragedia

pueblerina donde la sacrificada tenía su mismo nombre y se había suicidado de un tiro en la cabeza a fuerza de culparse de incesto. Una ráfaga del fragor rugido por el gentío estremeció a Eutanasia Romero y la crónica del suicidio diseminada en el manojo de papel sostenido en las manos, tembló de súbito al contraer la boca en complexiones escalofriantes cuando vio sentado a su frente al joven del relato. Lo observó con aquellos ojos ya desencajados de quien descubre el origen de todo. Asumiendo esta misma actitud, la desdichada ya muriente en aquel relato, se volvió como observándose a sí misma y sorprendió a Eutanasia teñida del mágico temor que emana lo misterioso, procurando dismantelar el teatro de un hogar oculto tras el telón de una amnesia singular: lienzo extravagante tejido en el frustrado deseo de titulares donde la escena de la carne en plena armonía lograba la satisfacción de una entrega feliz. Aturdida por los latigazos de la incertidumbre, intentó arrancarle a aquel hombre de religioso aspecto hogareño algunas fibras de lucidez:

- ¿Quién es Eutanasia Romero?

Antes de fundirse al vacío el sonido de las sílabas, el molde de la respuesta experimentó en ella diversas formas inexactas mientras una araña invisible le dibujaba en el rostro un laberinto sin clave más intrincado cuando entendió:

- Una persona.

Con las brumas intactas en el mar de las sospechas, inquirió, sin reparos, refiriéndose al segundo personaje de la historia sentado frente a aquella desdichada:

- ¿Y él? ¿Quién es?

- Su cónyuge.

Hubiera sido mejor ignorar la respuesta o, a su

juicio, la clave. El espasmo verdinegro desencadenado por el impacto de las palabras, deshilachó la tela frágil de los sentimientos maternales y le fulminó el estuche de las sienes. De haber estado en condiciones de pensar, habría optado por la ocurrencia más atinada como alternativa de auxilio: suicidarse. Preciso fue cambiarse la piel de rosa por una concha de madreperlas para disimular, ante él, no haberse enterado del incesto: "La ruina del honor", pensó. Vio su vergüenza pulverizada en átomos de ignominia y observó por última vez, conforme a su acostumbrada bondad maternal, la inocencia infantil de aquel primogénito concebido en el vientre de su ilusión. Revés portentoso a todo juicio darwiniano que sometía al prudente rostro marital el cuidado y añoranzas precisados por un niño según el patrón intuitivo, superado por ella a cada intento de mimarlo. Siendo víctima del hábito de disfrutar la complacencia más ortodoxa mediante la cual, respondiendo al significado de un bostezo condescendía en gratas vibraciones eróticas. Cuando él, quemándose en el fuego de la pasión y el deseo de poseerla, aprovechando el momento de la lactancia la incitaba logrando ella el orgasmo como una manifestación sagrada de la maternidad y él, recargado de succiones eléctricas humedecía de esperma su pijama.

Bastó volver la cara y la mirada procaz del protegido la convirtió en estatua de hielo, mientras sus alas de cera, derritiéndose al volar, desaparecieron en vapores escalofriantes las huellas quiméricas de abnegada madre impoluta: nido donde el óvulo de la ansiedad de tener consigo el hijo anhelado, alumbró el bochorno que arrastra la cola de su ilusoria condición materna. Y no puede soportarlo, pesa en la conciencia la idea de haber convivido en la carne con...

¡No!!! Aprisionando con ambas manos la cabeza para evitar que estallara, se levantó del asiento caminando hacia la cárcel que era para ella esta habitación y se encierra. Observa alrededor como despidiéndose de todo sin decir adiós a nada. Mira la cama y su impúdica y vergonzosa presteza servil de sus noches placenteras. Sí, la misma cama donde luego se sentará para que la imagen impresa en el cristal del tocador contemple la desolación y angustia del rostro. La nostalgia de féretro en los labios, el naufragio en los ojos de luto. Quizás esta sea la última vez que se mire en el espejo, porque la bala hará estallar en trozos la cabeza, regando sobre la cama claveles a borbotones que los mirones recogerían cuando irrumpieran en la habitación y observaran la mejilla izquierda recostada sobre un manantial que crece alimentándose de la sangre de los moribundos de los infaustos placeres en donde ella es reina absoluta junto al niño que llora con el rostro demacrado haciéndole brotar los aleteos repentinos en el pecho hasta rebosarle por los labios como la primera vez.

Eutanasia Romero vio cómo el llanto endurecido ahogaba sus quejas en el dolor salobre de dos lagrimitas quemadas por el sol solitario de sus manantiales tiernos, mientras la mirada materna fija en la infantil estatura, recrecía en la memoria rebuscando algún detalle a imagen o semejanza. Estrangulada por el frío del abandono, lo vio levantarse de su cunita con los bracitos extendidos pidiendo ansioso el refugio de unos senos maternos ya moribundos y una expresión de conjuro le cubrió el rostro, cada vez más desconcertado, porque no soportó aquellos ojitos en los de ella, pegados como una cáscara, como tampoco soporta este desorden de gente en desgarradora turba carnavalesca con su estrépito

vertiginoso aglomerado frente a la casa e incitando con escándoloso griterío de feria. Huir, escapar, correr le suben como una náusea, pero ya será tarde porque la bala atravesará la otra sien y no habrá más remedio que colocarla en el ataúd donde jamás los pueblerinos morbosos celebrarán con su dolor este horrible carnaval.

La Noticia

Seudónimo: WWW/Com.007

Autor: Luis Martín Gómez

La Noticia, así denominó la gente a este villorrio porque los techos y las paredes de sus casas eran de planchas de zinc con noticias impresas. Años atrás, alguien recogió unas primeras planchas de un ver-tedero cercano y tapó algunos agujeros de su techo de cartón piedra que ya filtraba agua. Como el material resultó ser resistente y, además aportaba cierta decoración, pronto todos en el villorrio se habi-tuaron a buscar planchas de zinc al final de cada semana para remendar sus casuchas. Poco a poco se fue transformando el poblacho que visto desde lejos parecía un mar repleto de barquitos de papel pe-riódico naufragando aquí o allá entre lomas de lodo que eran como olas.

Caminar por sus callejas daba la sensación de andar dentro de un periódico. Uno se acercaba a una casucha como si se aproximara a un reportaje o pasaba frente a una puerta como lo hiciera ante una fotografía. Cada centímetro de lo que antes era cartón húmedo o madera podrida ahora eran letras e imágenes. No por casualidad sus habitantes, campesinos inmigrantes que invadieron estos terrenos

estatales, fueron bautizando las callejas con los nombres de las secciones del periódico: *Callejón Editorial*, donde predominaban las planchas con notas editoriales; *Callejón Deportivas*, en el que podían verse numerosas fotos de peloteros, baloncelistas y atletas; *Callejón Sociales*, con fotos de personas muy bien vestidas en actividades nocturnas; *Callejón Económicas*, con las noticias sobre economía y que se encontraba en la parte más pobre del villorrio, a orillas de la cañada de aguas negras.

Juan vivía en el *Callejón Sucesos* y si no se había enterado de lo ocurrido era porque no sabía leer. De hecho, el único que leía por allí era Carmelo, un buscón que se ganaba la vida ayudando a llenar formularios de Solicitud de Cédula de Identificación Personal en una oficina del gobierno. Por leer de corrido, Carmelo era el líder más respetado por todos en La Noticia. Desde que, regresando del trabajo, asomaba por *Titulares*, como llamaban a la alambrada de acceso al pobladito, el anuncio de su presencia brincaba de casucha en casucha y su llegada era casi una noticia de primera página a ocho columnas. La gente salía y se agolpaba alrededor de Carmelo que entonces preguntaba: "¿Cuál casa leeremos hoy?", y la muchedumbre vociferaba contradiciéndose: "¡La de Ramón!" " ¡La de Altagracia!". Al final se decidía por una casucha nueva u otra remendada con planchas que tenían noticias recientes. Se sentaban todos en el suelo, sobre piedras o restos de cartones y escuchaban en silencio lo que Carmelo leía en las paredes:

"El Siglo, 3 de enero de 1994. Nacionales. El Presidente de la República prometió hoy la reubicación de las familias de El Manguito donde se ha declarado un brote de Sarampión que ha provocado la muerte de más de 50 niños".

Leyendo y leyendo habían recorrido casi todo el villorrio. Algunas casas con pocas noticias o con noticias de poco interés las saltaron rápido. Pero en otras, como la de Doña Blanca, leyeron hasta las noticias del techo. Uno a uno subieron la escalera de palos que improvisó José el Flaco para ver la foto del Príncipe Carlos de Inglaterra cayéndose aparatosa-mente de un caballo mientras jugaba ese deporte con varas y pelotas que Carmelo no supo explicar a los más curiosos porque tampoco él lo conocía. Subir las escaleras resultaba divertido por la forma temblorosa como lograban escalarla las señoras viejas o por el emocionante desafío de los más jóvenes que saltaban sobre los palos y casi los quebraban. En cambio, una situación delicada se presentaba cuando encontraban una noticia importante en una habitación. Los dueños de la casucha protestaban por la repentina invasión de la muchedumbre y exigían la salida de todos, excepto la de Carmelo, que entonces leía la noticia con la ventana abierta para que afuera pudieran escucharla. Esa confianza que la gente tenía en Carmelo le permitía conocer muchas intimidades de cada familia, pues le daba acceso a muchos secretos. El conocía mejor que nadie lo que había pasado con los padres de Juan.

"Listín Diario, 9 de marzo de 1990. Internacionales. El Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia -voceó Juan en dirección a la ventana mientras apartaba una enagua que tapaba parcialmente la plancha de zinc con la información que estaba leyendo- aseguró que las muertes por diarrea pudieran disminuir considerablemente si se suministrara a las poblaciones marginadas el agua potable indispensable para que puedan preparar sus alimentos con la higiene necesaria".

Carmelo era los ojos de toda esta gente ciega de conocimientos. En medio de las informaciones del mundo, ellos eran los más desinformados del mundo, viajeros del desierto que morían de sed justo al lado del oasis. Por ejemplo, no se enteraron de la muerte de Francisco Franco sino hasta quince años después de ocurrida. Cuando se lo dijeron a Don Manolo, un banilejo hijo de españoles falangistas, se deprimió tanto que apenas pudo decir: "Ya este mundo está perdido". Doña Eulalia, la matrona oriunda de Dajabón con diecisiete hijos a cuestas, se presignó cuando oyó del primer viaje tripulado a la luna, algo que ocurrió cuando Perucho, el buen esposo que murió tísico, le prometió esa misma luna en un torpe pero auténtico ataque de romanticismo una noche calurosa de la frontera. La sensación mayor la causó, empero, el descubrimiento de las fotografías de la muerte de Rafael Leonidas Trujillo. Carmelo las encontró en el techo de la letrina de Pancho, ex-alcalde pedáneo de Cutupú que seguramente las había puesto en ese lugar para que nadie se enterase de su admiración por el tirano. Las viejitas se acercaron tímidamente, tal como aprendieron en la Era del Jefe cuando había que estudiar la actitud de los demás antes de emprender cualquier acción o emitir algún juicio, miraban de reojo las fotos para comprobar si era verdad que lo habían matado; en tanto, los jóvenes llegaban en tropel para ver de cerca a ese de quien en las tardes de dominó, entre el café y las cervezas, se comentaba que había desflorado a diez mil adolescentes y que bebía diariamente un jarro de sangre de gallo recién matado para hacer el amor siete veces seguido. Tres días duró el revuelo en el que todos ahogaron la curiosidad o la nostalgia, todos menos Don Pancho, que durante ese

tiempo tuvo que defecar en la letrina del vecino, él que una vez fuera toda una autoridad en su pueblo, saludado personalmente por Trujillo: "Ese hombre que era como Dios".

Cuando Carmelo supo que Juan quería alfabetizarse, empezó a seleccionar noticias relacionadas con lo que le sucedió a sus padres. Deseaba darle pistas, despertar su interés por el asunto, para que cuando supiera leer lo descubriera él mismo en la pared de alguna casucha e hiciera justicia. Carmelo sí sabía donde estaba esa información pero no la seleccionaba por el peligro que tal revelación implicaba para su propia vida. Los autores del hecho todavía vivían en La Noticia y permanecían al acecho de los pocos que sabían lo que pasó y especialmente de Carmelo, que sabía leer y, por tanto, el que mayor riesgo representaba para ellos. Consciente de eso, Carmelo vio la solución en la alfabetización de Juan: "Debo animarlo para que aprenda a leer", decidió. Le sugirió que asistiera a la iglesia de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, cercana a la carretera, donde había un grupo "Fe y Acción", que alfabetizaba por las tardes.

"Última Hora, 14 de abril de 1987, Policiales. Se presume que fueron tres personas las personas que quitaron la vida al comerciante Isidoro Gutiérrez cuando este aparentemente trató de impedir que robaran en su negocio", leyó Carmelo una prima noche en la que el humo del vertedero obligó a suspender la lectura antes de lo acostumbrado, metiendo en sus casuchas a la gente, haciendo que cerraran ventanas, puertas y agujeros, convirtiendo repentinamente el poblacho en una nave fantasma viajando solitaria entre la bruma a un destino incierto. Tras sus visillos de retazos cosidos, la gente veía a Juan per-

manecer largas horas frente a las paredes deletreando noticias. A veces, un golpe de viento dejaba ver su rostro absorto descubriendo ese mundo de hojalatas oxidadas de tan viejas y sin embargo tan nuevas para él, ahora que empezaba a observarlas temeroso, como quien se acerca por primera vez al visor de un telescopio y súbitamente se encuentra con una estrella inmensa.

- E-co-no-mis-tas- va-ti-ci-nan- me-jo-ra-rá- merca-do-, le deletreó orgulloso a Carmelo.

Mientras los demás comían, dormían o simplemente se protegían de la humareda, Juan devoraba una a una cada noticia, cada artículo, cada reportaje. Por supuesto, no faltó quien pensara que aquello no era más que una excusa para espiar a las adolescentes cuando se bañaban y vestían; pero también estaban los que deseaban calladamente que se topara con la información que hablaba sobre sus padres.

Los implicados en el hecho, que también acechaban, se olieron la estrategia de Carmelo y le pidieron cuentas.

- Yo solo le dije que aprendiera a leer, quisiera que todos los jóvenes de aquí lo hicieran- justificó Carmelo.

- No te hagas el pendejo, Carmelo, sabemos lo que tramabas y no te lo vamos permitir- le amenazó uno de ellos.

- Oye bien, -le advirtió otro- si Juan llega a leerlo, habrá otra noticia trágica en las paredes.

Carmelo le reiteró a Juan:

- La clave está en las paredes, no dejes de leer.

Después, Carmelo desapareció como absorbido por la humareda.

Durante semanas, Juan leyó, leyó y leyó las

paredes. Desafiando la humareda que se había vuelto cotidiana. La gente empezó a acercársele primero cautelosa, luego abiertamente, haciendo ronda detrás de él. Persiguiéndolo en procesión por los vericuetos. Todos celebraron con un aplauso que partió el humo el día en que él se atrevió a leer las noticias en voz alta. Otra vez la muchedumbre tenía quien le hiciera ver el mundo; ahora, desaparecido Carmelo, Juan era los ojos de toda aquella gente, unos ojos que finalmente verían lo que ya todos deseaban abiertamente.

"El Nacional, 2 de marzo de 1967. Trágicas. Apareció muerta una pareja en el basurero de un barrio de la ciudad" fingió leer en la pared de casa de Severa, la que avisó a los matadores que sus padres se acercaban al matorral donde estaban ocultos. *"El hombre recibió cinco puñaladas, cinco, y la mujer fue estrangulada y violada, violada"* enfatizó con rabia frente a la puerta de Máximo, el que le dio a su padre la puñalada de gracia y deshonoró el cadáver de su madre. *"Se rumora que el motivo del asesinato fue político."* casi gritó ante la ventana de Polonio, el ex-guardia que planificó todo.

Cuando Severa apareció ahorcada en la cocina de su casa, nadie hizo ningún comentario y el velatorio se hizo casi secretamente, sin plañideras ni fiesta de palos.

"Nuevo Diario, 10 de enero de 1995. Luctuosas. Expresión de Gracias. Ha fallecido la Sra. Severa García Vda. Rodríguez. Sus hijos Dilenia, René y Felipe Rodríguez; sus nietos, amigos y demás familiares invitan por este medio al sepelio que se efectuará en el Cementerio Cristo Salvador a las 4 de la tarde, así como al novenario que se celebrará en la Iglesia de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús. Paz a sus restos."

Juan terminó de leer y colocó solemnemente la plancha impresa de zinc en la ventana de la cocina de la difunta Severa, ante la expectación silenciosa de todos.

A Máximo lo sacaron de la cañada de aguas negras anocheciendo. Dos niños lo descubrieron cuando competían a quién lanzaba más lejos el caño de orina y el de uno de ellos chocó con la mano blanquecina del muerto que se distinguía téticamente contra el fondo oscuro.

“La Información, 17 de enero de 1995. Policiales. La Policía- leyó calmadamente Juan a la multitud- concluyó que la muerte de Máximo Aponte, alias Puntería, fue accidental y pudo deberse a una pérdida de equilibrio causada por la cantidad de alcohol ingerida desde el día anterior a su caída en una cañada del barrio conocido como La Noticia.”

Polonio Acevedo parecía más bien dormido en su mecedora de caoba centenaria. El veneno apenas había dado un color verdusco a su piel, pero conservaba intacto su aspecto bonachón de guardia viejo, bocón y despreocupado. Haberse puesto su antiguo uniforme militar para acometer un acto supremo fue un gesto elogiado por el teniente que se encargó del caso en La Noticia y quien por primera vez manifestó su preocupación por las muertes sucesivas que estaban ocurriendo en ese villorrio, ordenando una investigación que tuvo que abortar al tercer día ante el silencio absoluto de todos los interrogados.

“Hoy, 24 de enero de 1995. Sucesos. Aunque fue imposible hallar una posible pista que explicara el suicidio de Polonio Acevedo, alias El Guardia, las

escasas evidencias del hecho parecen apuntar a un estado depresivo que el mencionado venía padeciendo a causa de su soledad" leyó Juan mientras estudiaba a ratos las miradas ahora cómplices, satisfechamente cómplices de su gente.

La voz corrió de boca a oreja, brincó de casucha en casucha, desde la alambrada hasta el cerro donde podía verse el hormiguero humano que se aglomeraba alrededor de Juan y las dos planchas oxidadas con la noticia por tanto tiempo oculta para él. La emoción llenaba los escasos huecos que había dejado la gente. Doña Carmen miró a Lucía cubrirse los ojos húmedos y esta, por las rendijas de sus dedos mojados, vio cómo temblaban los labios de Eulalia rodeada por sus hijos más pequeños que, abrazados fuertemente a sus piernas, veían a Juan parado frente a la puerta de su casa, la número 3 del *Callejón Sucesos*. Juan limpió un poco las planchas. Luego miró a la multitud que esperaba en silencio y entonces leyó la noticia:

"El Caribe, 9 de marzo de 1967. Judiciales. El Juez de la Quinta Cámara Penal descargó por insuficiencia de pruebas a los mencionados Polonio Acevedo, alias El Guardia; Máximo Aponte, alias Puntería y Severa García de Rodríguez; sospechosos de la muerte del albañil Juan Medina y de su esposa Francisca Tejada, residentes en el barrio conocido como La Noticia. Tras conocerse la sentencia, Carmelo Paredes, alias Cédula, militante junto a los occisos del izquierdista Movimiento Nueva Esperanza, protestó calificando a la Policía y a la Justicia de negligentes"

Solo una lágrima brotó de los ojos de Juan, un goterón tibio, cristalino, que bajó lentamente por su

mejilla brillando con el sol que de repente había
esparcido la humareda.

Los amores del Jefe

Seudónimo: Calígula

Por: Juan Santana de Jesús

“Grandes
aguas no pueden apagar el amor,
ni los ríos anegarlo.
Si alguien ofreciera todos
los haberes de su casa por el amor, se
granjearía el desprecio”.
(Cantar 8, 7)

Todo comenzó y terminó aquel histórico verano cuando el Jefe regresó de su gira por Europa, aunque hacía mucho tiempo que Alfonsina Benavides formaba parte de su agenda amorosa y de ese álbum con las fotos de sus amantes nativas y extranjeras, descritas según el azar de su mapa fornicario y las secretas matemáticas del Servicio de Inteligencia.

Ninguno de los asesores del Jefe conocía detalladamente su política amorosa. Apenas sabían que era un duende capaz de robar intimidades y cazar pensamientos con su truculenta telepatía, como había hecho con las mujeres de sus ministros y cercanos colaboradores días antes de sus bodas. Por eso

corrió la alarma de que esas mujeres tenían grabada la señal del Jefe como una reminiscencia de la señal de la bestia.

En su afán de ensayar sus aprendizajes de play-boy, el Jefe se mandó a construir una cabaña totalmente de caoba al margen del litoral sur del país, allí donde los veranos van y vienen todos los años como feroces leones de fuego. Precisamente en este Edén Imperial, configuración perfecta del Carpe Diem, Alfonsina dejó la rosa de su inocencia en un verano colmado de nubarrones trágicos e inevitable profanación de su retrato físico, donde el mar era el único testigo.

Todo quedó en manos del misterio. Ni siquiera el cuerpo cinematográfico del Palacio pudo filmar esta película protagonizada por el Jefe, pues él odiaba las revistas pornográficas aunque gustaba de las fantasías sexuales, mientras las concubinas jugaban con su cuerpo en la playa... Por esa razón no se encontró el nombre de Alfonsina Benavides en los cuadernos del archivo presidencial cuando se escribieron las Memorias del Jefe.

En este universo sobran las palabras y hablaba el verde de las caobas y de los pinos. Entre tanto, los ojos achinados de Alfonsina perdíanse entre finos cortinajes, vinos franceses, bustos de generales y patriotas, piezas de arte indígena, sillas rococó y pinturas de renombrados artistas. Su semblante penitente hacía pensar en un corazón desgarrado que apenas pudo preguntar bajo el manto del miedo:

-¿Por qué a mí, Señor Presidente, habiendo tantas muchachas elegantes y solteras en la región?

- Amor mío, -contestó él,- desde que fuiste coronada como reina de los juegos florales de tu pueblo con motivo de mi visita oficial, pensé en ti y comen-zaste a formar parte de la viña de mi amor.

- Pero, ¿qué inconvenientes había de hablar antes conmigo y consultar a mis padres?

- ¡Eso no es culpa mía! -repuso el Tirano con ironía.- El Horóscopo del Servicio Secreto es quien determina la hora y el día en que mis princesas deben llenar el espacio de mi calendario festivo.

Pero la extravagancia del Jefe no terminaba en los descansos veraniegos ni en los hedónicos carnavales, donde él y sus agentes de pasiones secretas cazaban docenas de mariposas en la edad núbil del sueño hasta completar los días y las noches de sus solemnes cultos a Baco. Su éxito como galán llegó al extremo de fundar ciudadelas habitadas exclusivamente por sus mujeres, celosamente cuidadas por soldados bien adiestrados en las escuelas morbosas de la tiranía. Y todo eso no más que por romper el récord establecido por Salomón en mujeres de todas las razas y culturas.

Nadie supo lo sucedido ese verano. Pero el mismo Jefe se convenció de que había traspasado los límites de su resistencia, aunque detrás de aquel hambriento silencio, la metrópoli y los pueblos adyacentes estuvieran en calma.

Alfonsina imitaba la pose del Pensador de Rodín, próximo a la galería de su cuarto en el momento en que el doctor Portalatín le trajo el último beso y la última carta. De pronto ella se llenó de asombro y guardó silencio. Luego, entrecortada por las lágrimas que brotaban de sus ojos soñolientos, solo acertó a decir:

- Acércate y abrázame profundamente, porque dentro de pocos días voy a morir. Me ha extrañado tu ausencia...no quería morirme sin volverte a ver. Ya no hay luz ni cielo que pueda darle sentido a mi existencia.

Los ojos del doctor Portalatín cambiaron de órbita y confundieronse con sus párpados como si en su rostro se dibujara un prisma de sospechosa nostalgia. Su cuerpo estaba frío y reflejaba un fuerte ataque hiperestésico. No lograba vocalizar, su respiración era pesada y por su mente cabalgaba una ráfaga de oscuros pensamientos. El abrazo quiso hacerse infinito, pero volvió en sí y exclamó repentinamente:

- ¡Suéltame, Ángel de mi Guarda! ¡Nuestro amor está embrujado! Toma mi testamento, guárdalo en el cofre de tu alma. El Servicio Secreto sigue mis pasos. Ha llegado la hora cero. ¡Escóndete!

El itinerario amoroso del doctor Portalatín y Alfonsina comenzó en la Universidad Primada, donde él era Profesor de la Facultad de Medicina y ella completaba sus estudios de Letras y Pedagogía. Sin embargo, las crónicas de este noviazgo se recapitularon en las páginas de un libro que apenas incluía unas cuantas excursiones a los museos, mausoleos y demás lugares históricos, los arreglos florales para San Valentín y las serenatas que semanalmente el Doctor llevaba a la Pensión La Cumbre, donde residía Alfonsina con un grupo de sus compañeras.

El doctor Portalatín aún permanecía alojado en su monasterio interior. Lo golpeaba la duda y el prestigio personal. La guerra consigo mismo era más embarazosa que el combate de un naufrago con las olas. Esto se leía en su mirada y en sus inusuales salidas, a pesar de lo difícil que resultaba adivinarle sus sentimientos porque siempre fue un hombre de temperamento calculador y exageradamente comedido.

Ya era tarde... El barco navegaba en alta mar rumbo hacia Cuba con cincuenta tripulantes impulsados por la quimera de un mismo sueño y un

mismo destino. Este llevaba un ritmo estable y sereno a pesar de la violencia del viento, al tiempo que escribía en el agua la dignidad de un apellido. El animal enorme de bronce formaba ángulos con las maromas y parecía un caballo ocre tumbado en el azul infinito de ese desierto. Entonces, el doctor Portalatín cambió el traje de su rostro, se sumergió en su camarote y empezó a leer y a releer el cúmulo de cartas que había intercambiado con Alfonsina durante los años dorados de la Universidad.

Mientras los viajeros consumían literatura revolucionaria y meditaba en obras maestras inspiradas en la guerra o sus héroes, la grima del Mar Caribe les traía a la memoria la leyendas de inmigraciones indígenas y las hazañas marítimas de los conquistadores.

El Doctor, entre tanto, quedó vencido por los azotes de un trayecto que se hacía eterno. Perdió la noción del espacio y el tiempo y cayó confundido diciendo:

- Me persiguen los demonios de el Jefe. Sé que no volveré con vida a mi Patria. Temo por la suerte de mis padres y mis hermanos. Estoy aquí porque el honor es superior a la existencia individual. Este imperativo moral está marcado por los dardos del destierro. ¿Dónde está la Dulcinea de mis sueños? ¿Cómo es posible esta desgracia de sentirte y no verte, Estrella Inmaculada? Tú eres el sentido de mi aventura. Me veo desandando los pasos por tu tierra. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Corran! ¡Cuánta sangre! ¡Estoy loco!

El barco se tambaleó bruscamente, perdió la aceleración y bajó el ancla. Luego, el doctor Portalatín se halló de repente frente a las luces de La Habana y a una bandada de naves bordeando el puerto.

Los días de Alfonsina transcurrieron despacio. El mundo de sus aspiraciones murió repentinamente, sobreviviendo apenas una veintena de obras artísticas que incluían los nombres de Mozart, Verdi, Bach, Miguel Angel, Goya, El Greco, Dante, San Juan de la Cruz, Cervantes, Homero y otros no menos entrañables. Todo indicaba que también habían muerto sus sentimientos religiosos y la transparencia de su mirada, como murió su alegría y la lucidez de su mente. Su casa, un viejo monumento de ladrillos y adobes con escaleras circulares, un crucifijo lumínico y una galería que daba a una pequeña calle de la Zona Colonial, era un fiel retrato de su persona. Allí vivía como un ermitaño, acompañada de muebles y camas, armarios y vitrinas, enseres de belleza y demás cachivaches de un museo familiar. Desde hacía tiempo Alfonsina se sentía acorralada en una Isla donde todo llegaba tarde, aunque siguiera latente en su memoria una ecuación por despejar.

Desde aquel verano, el Jefe no tenía sosiego. La espada de la muerte no se apartaba de los suyos. El Palacio se convirtió en un laboratorio de experimentos siniestros. El clima se volvió tan tenso que los mismos bioanalistas de los enfermos políticos temían a sus fórmulas nocturnas. A ningún funcionario político le faltaba un amuleto en su cartera, aunque oyera misa todos los domingos. Como se acercaba la época de las vacas flacas, la Dictadura aprobó por decreto la secretaría de magos y hechiceros. El jefe descubrió tardíamente que su legión de detectives no podía devolverle la salud y la estabilidad a su reino. Entonces consultó a los brujos más connotados de los países del área; y todos, con excepción de un mago filipino, le mostraban el nombre de Alfonsina y su fotografía. El Jefe asintió con los adivi-

nos reconpensándolos con pingües regalos, porque en todas partes veían el celaje de Alfonsina y continuamente le llegaba al pensamiento como la obsesión vengativa de un muerto que no sale de la casa de su enemigo. Además, confirmó más tarde que las cartas de los hechiceros criollos tampoco se equivocaron. Todos los naipes revelaban que el misterio Alfonsina había conjurado el destino de la Dictadura.

De momento, Alfonsina no era noticia en la prensa local, pero en todas partes se comentaba su estado psiquiátrico y se indagaban los pormenores de su residencia en España. Buscando un autoexilio se quedó a vivir con los hermanos de su padre, que era emigrante español. Desde su llegada a España, Alfonsina comenzó a sufrir delirio de persecución, convirtiéndose en un verdadero fantasma humano. Los médicos ignoraban aquella extraña esquizofrenia y simplemente diagnosticaban que se trataba de un crítico estado emocional.

No obstante, a pesar de su ostracismo personal, todas las noches cavilaba con la añoranza de sus honores académicos, con la Escuela de Modelaje "La Femme d' Aujourd'hui", con los reinados de belleza y, sobre todo, con sus romances con el doctor Fermín Portalatín.

Alfonsina Benavides era una especie de prenda sagrada para sus padres, quienes inmigraron al país desde los primeros meses de la Revolución Civil Española. A los doce años fue internada en uno de los colegios de las Hermanas Mercedarias. Después de esos años de colegiala, ingresó a la Universidad Primada y se inscribió en la Escuela de Ballet y Danza Clásica de una profesora de origen francés. Todo daba a entender que el retrato de la señorita Alfonsina no sólo comprendía narices puntiagudas,

ojos orientales, tamaño normal, tez dorada y semblante soñador, sino otros detalles propios de una mujer que iba calculando los mínimos acontecimientos de su misteriosa biografía.

Después de tantos años de olvido, Alfonsina salió a la luz pública a través de su diario, titulado "Una vida bajo la sombra", cuyo escándalo bibliográfico suscitó el guión de la radio novela española "La vida de una mujer en un manicomio de la Madre Patria". Esta historia de amor, que no apareció en los archivos personales del Jefe, tenía como argumento principal la inscripción que llevaba la lápida de Alfonsina: "Amar es el Sentido".

De este Diario tuvo especial resonancia el fragmento poético de la última carta que el doctor Portalatín había entregado a Alfonsina antes de partir para el exilio, y que textualmente decía:

- "No sé cuándo volveré a verte, guardián de mi alma, donde he puesto mi esperanza. Pero te seguiré amando más allá de esta vida sin paz ni consuelo, que como una rosa se abre con donaire en la mañana y por la tarde recoge la mortaja de sus pétalos. Yo seré el Ulises que tu esperarás cada día, mientras tejes y destejes las cuentas de tu rosario. Asimismo espero que, como fiel Penélope, saldrás todas las mañanas a preguntarle al querido sol que baña de luz nuestros caminos, la hora de mi regreso del destierro antillano".

"Una vida bajo la sombra" había alcanzado la categoría de un best seller continental, cuando salió un extenso reportaje sobre la vida de Alfonsina Benavides y el neurocirujano del Hospital del Seguros, en un periódico de fama internacional. Pero lo impresionante de esta reseña ético-biográfica no fue la muerte del doctor Fermín Portalatín camino a

la cordillera, ni cómo la gramática de la Dictadura asediaba a los mozos que recitaban sus versos románticos a las doncellas, sino el titular en grande que rezaba: "Así transcurrieron los últimos días de una de las mujeres del Jefe".

Tres días después

Seudónimo: Tagore

Por: Carlos Sosa Ovalles

La mujer iba en bata con el cadáver en sus brazos, corriendo por la escalinata, para gritar a toda voz en las escaleras del interior:

- Es mi madre y yo la he matado...

Salí del cine por mitad de la película porque debía organizar algunas cosas. Era mi primer día de libertad después de siete años de prisión. Mañana sorprendería a mi familia en Torrencial, donde nací y he pasado gran parte de mis casi treinta y tres años.

Es 25 de diciembre y, de regreso a casa, me dejo invadir por un desfile de recuerdos de todas las formas y edades. La escuela, las canicas por las tardes; "por los dos y meneo... la chu con buena salud... escondan los cheles que ahí viene gente". Las veladas nocturnas, los cumpleaños; "si le regalas un jabón le estás diciendo que se bañe, si es un cepillo peor..." . La lluvia arreciando sobre el techo de zinc y el patio hecho lodo; jugar a la "resbalosa" en el piso cuando las mujeres lo fregaban los sábados con detergente y mucha agua; resbalar hasta que las hormigas rojas nos hincharan las nalgas.

Recuerdo, mientras evito que el lodo atasque el vehículo, los velorios con llantos de verdad, los buenos tiempos en que las familias se encontraban para hablar de los hijos y los abuelos, de los sembrados y de las crianzas de animales, para luego almorzar todos juntos guisos y sancocho, hasta que las panzas nos temblaran y entonces nos daban riendas sueltas para jugar a la policía y darnos puñetazos en la nariz y pellizcos redondos a los pequeñuelos sin que los padres se pelearan para luego darle besitos a Ninorca debajo de la cama. Los malos tiempos también en que había que derretir la maldita mantequilla para que fuese aceite, leche y queso a la vez con un plátano partido en cuatro. Usar para el próximo curso los pantalones del hermano mayor y que el cinturón se encargara del resto no importando si uno pareciera un títere.

Agradezco a la cárcel el darme la oportunidad de conocer el valor de la libertad, de la familia y de Dios. Creo que no pasará un día de mi vida sin que mire a lo alto y contemple el cielo inmenso que como regalo, habré de recibir humildemente; las estrellas en el firmamento hermozeando cada anochecer para nuestro deleite; la hoja del árbol rociada de amanecer; a la corriente del río cascabeleando sonora entre las piedras para reunirse en un sitio con sombra y formar una charca verde con hojas bailando sobre sí, donde yo hube de meterme desnudo hasta que el frío me hiciera salir empinado, chocando los dientes mientras me vestía. Todo, todo lo que existe en el mundo nos dice algo en su lenguaje. Tener la capacidad de poder comunicarnos con mucho de lo que nos rodea es lo que se llama sensibilidad. Yo nunca la hubiera definido si no hubiera ido a la cárcel.

He salido, inconocible, nadie diría que vengo de una cárcel con el aspecto que traigo. El oficial del día, el sargento Apolinar, me ha dicho en tono de chanza, que parezco un ministro. Me afeité una barba de meses, me perfumé con la colonia francesa que me regaló Edita Flores, la cocinera, y despedí uno por uno a los muchachos. Antes de irme al campo, siguiendo las instrucciones de Lucas Benoit, compañero de prisión, entrañable amigo, he ido con una carta suya a ver a su esposa y he procurado su auto amarillo que arropado con una lona de camión, dormía como un gran gato barcino en el garaje.

He conversado con la señora Benoit toda la mañana. Me ha contado la historia que yo ya conocía sobre el encarcelamiento de Lucas, hemos visto álbumes familiares, mientras sorbíamos café retinto: Lucas discurseando en la Universidad Estatal con una boina verde olivo que tiene una estrella; otra de Lucas cazando guineas en los Montes del Sur; la Señora Benoit cuando era más joven; una de Channol tamaño página y las otras, las de la boda. He llevado a la pequeña Channol a la escuela, es su último día de clase en el año, hoy celebrará El Día del Niño. "Sí, está bien, vuelvo por ti..."

Aproveché la mañana para revisar el auto con el mecánico, leer los periódicos e ir al mar antes de regresar por Channol. Dormí un sueño vespéral en la arena y conversé con los hermosos y descamisados niños morenos que cuidaron mi sueño y el auto. Volví por la pequeña Channol y allí estaba, entre una montaña de regalos envueltos en papel rojo, lleno el pelo de confetis y el vestido manchado de refrescos de frutas derramados. Me brindó chocolate, me contó en el camino de la fiesta y terminamos almorzando en la casa unos carites guisados con

coco riquísimos. Por la noche, iré al cine a ver una película de terror que está en cartelera: "La mujer de los sueños de sangre".

El trayecto de la Capital hasta aquí es difícil, pero he vuelto. He vuelto porque a pesar de todo es mi familia y mi hogar. Siete años no es mucho, pero para mí, un loco enamorado de su terruño y de su familia, para mí es toda una vida. Respiro a bocanadas por boca y nariz y me sujeto al guía para contener la emoción. Estoy llegando.

Pero cuánto ha cambiado este jodido pueblo. Ya es toda una ciudad. En vez de palmares erguidos como diablos alados, ahora hay construcciones, bloques apilados, montañas de arena y cemento, hombres con cascos de metal dando órdenes, publicidad gigante por doquiera: que tome esto, que coma lo otro, que vista así, que ahorre allí, y un ruido descomunal que intranquiliza el pecho. Policías de tránsito señalando a izquierda o derecha, saboreando un pito que rompe los tímpanos. La gente camina rápido por la aceras con sombrillas multicolores como si todos fuesen a la repartición de la Vida Eterna. Es de mañana, pero el sopor y la humareda arropan el ambiente y aunque el invierno recién comienza más bien parece que entramos en la boca de un horno. El acondicionador de aire no funciona el único cassette de instrumentales que hallé en la guantera se ha repetido varias veces por sí solo. Debo ir más de prisa para internarme en el frescor del campo.

A la cárcel llegué un ocho de diciembre, seis meses después se me leería sentencia. Fue una mañana de escándalos en los corredores, comentarios, murmullos y la sala impregnada de aquel nauseabundo olor a polilla de oficina de antaño y los bancos ancestrales de caoba sucia. Militares diciendo sí

señor y los jóvenes abogados con maletines repletos de fotocopias curtiéndose en el ambiente, conociendo los pormenores de los casos más sonados en la actualidad. De casa solo pudieron estar presentes en el juicio Mamá, José Matías, mi hermano mayor y una señora a quien quería como a mi madre, Doña Chenta. Todos, menos ella, me miraban con cara de velorio. Me dolían las muñecas con olor a óxido marcadas por las rústicas esposas y traía la misma chaqueta azul del primer interrogatorio, aunque esta vez limpia y planchada.

Amanecí dos noches en casa de los Benoit por cumplir instrucciones de Lucas, pero me hubiera gustado más la orilla del mar o caminar toda la noche calle arriba. Me habían preparado la habitación como una suite de hotel cinco estrellas, pero las cuatro paredes me daban la impresión de que permanecía en la cárcel todavía. Necesitaba organizar lo que sería la agenda de mi nueva vida. Así que aproveché la primera noche escribiendo algunas notas y entrelazando algunas ideas. Tenía un auto casi nuevo, dinero suficiente para pasar tres meses sin preocupaciones y unas ganas enormes de ver a los míos. Quería sorprenderlos a todos.

Me acosté a las tres de la mañana y soñé toda la noche con Pedro Luis. Al otro día prepararíamos la cena de Nochebuena e iríamos a ver a Lucas a la cárcel.

Qué cara pondría Mamá Nana, Lucre... Pedro Luis ya tiene... a ver, a ver... ¡diez años y pico! ¡Diablos, ya no lo reconocería! Nidia Marisol sé que se fue del país, sé también que casó con un carajo vendedor de seguros hace más de seis años. Moraima vive en la capital; después que papá murió no se dejó ver jamás, aunque un cabo me dijo una

vez que trabajaba para el gobierno. Tío Frank es molinero en un ingenio de caña y, aparte de Mamá Nana, fue el único que me visitó dos veces en la prisión. La primera fue para llevarme un recorte de periódico donde aparecía la noticia de aquel suceso con la foto de la cédula y para dejarme su número telefónico por si lo necesitaba. La última fue pura coincidencia; el visitaba a otro amigo y dio conmigo. Me dijo que en casa me daban por muerto...

La cárcel, con todas las enseñanzas que te deja, es más de lo que uno se imagina desde afuera; el primer año es muy difícil. Es la etapa de adoptar una actitud decisiva para el resto de tu vida. Uno odia a la humanidad, maldice a todo el mundo y parece como si el cielo se te fuera a desplomar encima. He llegado a asegurar que las dos primeras semanas de cárcel fueron más largas que el resto de los años. No encontraba posición cómoda para conciliar el sueño, todo me hedía, no podía comer, ni hablar, ni pensar, ni reír. Lloré por dentro, ¡maldije la vida, golpeé la pared y terminé rendido, desahogando mi ansiedad y desesperanza con la lectura y después con la comida. Siempre esperé visita. La visita de alguien es uno de los más finos regalos para un preso. Mamá lo hizo los dos primeros años, pero luego se enfermó y no volví a saber de ella.

Duré seis meses en celda solitaria, sin luz, sin baño ni cama, recibiendo pan y agua por la mañana y el rancho repetido de frijoles salados con arroz apastado al mediodía. Una vasija para defecar que procuraban cada tres días y un paseo por el patio los martes y los viernes. Creí que enloquecería. En los interrogatorios fueron muy severos, me sacaban esposado todas las tardes a las cinco y media y me llevaban a un cuartucho semioscuro. Allí me espera-

ba el Coronel, vistiendo siempre impecable su traje azul con las insignias y distintivos de los méritos alcanzados. Mientras un sujeto escribía, me hacían una y otra vez las mismas preguntas. ¿Quién te pagó? ¿Dónde conseguiste las armas? ¿Quiénes son los demás? Si hablas te va mejor... Cuando por décima contestaba el "No sé nada" de siempre, el Coronel se enfureció sujetándome por los cabellos:

- ¡Coño!, que ¿quién te mandó a matar al Presidente?

Entonces me golpeaban unas manos hediondas a tabaco hasta que conseguía reponerme para gritarle que nunca le había puesto la mano encima a un arma de fuego.

He penetrado a la deteriorada carretera que lleva a Torrencial. No ha cambiado en nada. Bordeada de alambradas asimétricas, bambúes y almendros rojos, me refrescaba la imperecedera imagen de mis años de infancia. Me he dejado invadir por la nostalgia y me siento crecer mientras el aire de los pulmones me resulta poco. Guío despacio, para disfrutar todos y cada uno de los detalles. Tengo la impresión de que alguien va a venir a mi encuentro mucho antes de llegar a mi destino. De un lado los bambúes que con sus hojas como espadas cuelgan y se mecen impresionantes formando en el suelo montones de hojas secas, refugio inexcusable de ratas y culebras. Cuando el viento sopla fuerte, los bambúes suelen gritar como niños y otras veces maúllan como gatos. Fueron cientos los que corrieron en noches tenebrosas presignándose y rezando el Jesús, María y José cuando un bambú le gritaba y hasta le decía palabras, aseguraban algunos. En el trayecto, dos interminables huellas de autos sobre la hierba, las piedras azul-grisáceas y los restos históricos del asfalto, son guías inalterados en mi vuelta al hogar.

Arriba, detrás de la alambrada, cruzando el puentecito hecho con troncos de matas de coco, la casa de don Moisés Duarte, pintada de azul claro y rosado; la que se recuesta al naranjo mientras me observa debe ser Doña Paula. La imagino siempre espantando a los patos cagándose en la cocina para luego hacer bañar sus miserias en la tina con gusarapos. La misma que serviría para lavar las botas enlodadas de Don Moisés antes del rosario de las seis.

Las vacas y caballos han quedado asustados viendo el carro. Lo he detenido un momento para orinar entre los árboles. El río, al parecer, tuvo una crecida reciente; bravucón se arrastra airado para dar de golpe con las raíces de los almendros de la orilla procurando arrastrarlos.

El juicio se retrasó por los moretones que yo tenía en un ojo y por las ampollas con sangre y pus que las quemaduras de los cigarros habían provocado en mi espalda y además, porque yo me nagaba a firmar un papel que ellos terminaron firmando por mí.

Ahora, mientras enciendo el cuarto cigarrillo de la mañana, pienso en mi libertad. Soy más libre que el río y más que Moisés y las vacas, más que la pequeña Channol y más que todos los libres del mundo. Me acuerdo del recorte del periódico y pienso que ahora, leyéndolo por quien sabe si la quincuagésima vez, debo sentir algo diferente: "El Nacional", 27 de julio. "Fue sometido y condenado a diez años de prisión (y aquí aparecía mi nombre con negritas acusadoras y mayúsculas inclinadas que lo hacían sobresalir del texto). El Joven de apenas 27 años es acusado de participar intelectual y materialmente en los dos últimos atentados perpetrados contra el Presidente, intentos fallidos que han llevado a

la prisión a más de una veintena de ciudadanos en lo que va del año. La defensa alega que se trata de una total confusión....”

Los patos pescaban camarones en la orilla del río y volaron para internarse en el monte interrumpiendo mi lectura. Rompí el recorte sin terminar de leerlo. Debía llegar a casa...

Lucas guardaba prisión por una supuesta vinculación con sectores extremistas y posesión ilegal de armas en un allanamiento que le habían efectuado un año atrás. En el penal nos hicimos amigos. Allí se me quería por la forma en que yo organizaba “mis muchachos” y hasta se me trataba con cierto respeto. Con el tiempo llegué a obtener nominación “A”, conducta excelente por cinco años consecutivos, a excepción de los dos primeros años en los que tuve que sentar los necesarios precedentes de respeto. Una vez por poco ahorco a un compañero, vulgar ladrón de carteras, que abusaba de un recién llegado.

Cuando llegué a casa faltaba algo para las once, una lluvia ligera caía en chubascos. Ahí me detuve a recordar el pasado: lo feliz que fui cuando nació Pedro Luis. Allí, en esa casa grande que estaba mirando. Vivíamos felices todos apilados pero contentos. Yo hacía de sastre y estudiaba para hacerme agrónomo los sábados en la Universidad Estatal, mientras Matías atendía los animales y los sembrados con papá. Mamá era maestra de corte y costura y Lucrecia ayudaba en todo lo que podía.

Salí del carro con las manos en la cabeza, agachado por la lluvia, hasta llegar a la puerta principal. Todas las puertas estaban cerradas. Grité hola, caminé por los corredores de la galería buscando algún indicio de vida familiar. Nadie contestó. Las

flores colgaban descuidadas de los potes y había agua de las últimas lluvias en el piso. En la cocina había humo, fui hasta allí, pues obviamente alguien estaba en ella. Me asustó una voz de anciana, por detrás, y pude ver a Doña Chenta, amiga y comadre de la familia desde siempre, que se me acercaba buscando identificarme. Me abrazó y lloró conmigo; mientras, conversaba buscando respuestas pormenorizadas a mis años de prisión.

Cuando aquella tarde de diciembre, siete años atrás, llegaron el fiscal y seis militares, tres de ellos sin uniforme y rodearon la casa, justo cuando yo estaba bañándome con Ninorca en el Charco del Tablón, Doña Chenta, Mamá y Lucrecia fueron las únicas capaces de enfrentar e insultar al fiscal por ordenar revisar la casa desordenando todo lo que encontraban y luego romper la cerradura de mi cuarto pateando y revolviendo, armario, maletas, cuadros y folders sin que yo estuviera. Yo llegué con la toalla en el hombro y Lucrecia salió a contarme y me explicó en un minuto, el desorden que estaban haciendo. "Esos cabrones vestidos de militares quieren matarte".

En "la búsqueda", voltearon la camacuna en la que dormía Pedro Luis, éste fue a dar a una pared y se golpeó en la cabeza.

Hoy, siete años después he vuelto pero ya todo es diferente, me ha contado Doña Chenta lo de mi muerte, "un sábado como a las seis vinieron dos oficiales en un jeep con la noticia..., pero entremos para que veas el altar que te hemos puesto. (Y allí estaba yo bien muerto, era la misma foto de la cédula aumentada en ocho por seis con marco de caobilla, iluminado por un cirio rosado consumido hasta la mitad y cuatro rosas rojas despetalándose en un vaso

de agua). Martín se encargaría de procurar el cadáver, pero cuando llegó le dijeron que la ley le había dado cristiana sepultura, que le habían evitado los gastos de trámites, tú sabes papeles y sellos". Por nueve días me lloraron y me rezaron. Me cantaron el "ten piedad" todas las tardes, tomaron café y té de jengibre, me llevaron yínyeres y gladiolos, se vistieron de luto y me depositaron en el sagrado rincón del olvido.

Mamá tenía dos años fuera del país. "Allá la verdadera ciencia se encargaría de su salud, tu entiendes. Aquí se muere uno como los animales." Casi todos se habían ido. Lo de Nidia Marisol le he pedido, por favor, que lo obvie, pero he querido saber del niño.

- ¿Niño?, repuso Doña Chenta, debe estar un hombrecito. Vive en la capital con tu hermana. Pero yo, realmente, no sé la verdad. Unos dizque primos... estuvieron aquí de pasadía. Comieron y bebieron y a mí me tocó atenderlos. Bueno, el asunto fue que se lo llevaron de paseo y no hemos vuelto a saber más de él, comentó sin quitarse la pipa de la boca.

- Hace ya mucho de eso, añadió. Me dijo, además, que mamá escribe de vez en cuando para dar algunas instrucciones sobre la casa y la pequeña crianza.

Es 25 de diciembre y en el colmado tocan y bailan música navideña. No he podido contener dos lágrimas de plomo que parecen salirme de la garganta. No he querido comer ni quedarme en el campo. Echo unos billetes en el bolsillo del vestido de Doña Chenta y doy una vuelta por el colmado. Pensé en desmontarme, pero aceleré rumbo a la capital.

Aquel día inolvidable, después que Ninorca se fue nadando hasta salir a la orilla, con los pantalones

cortados rústicamente a tijerazos y un chaleco deportivo sobre la blusa mojada. La piel manchada de lavazas, los ojos rojos de tanto nadar y la batea de ropa mojada hasta el borde, la despedí más feliz que nunca. Aquel día en que no sospechaba que tenía visitantes en la casa.

Conversamos con Lucas Benoit en la sala de espera. El oficial nos dejó solos por más de dos horas, porque le llevamos una canasta repleta de carne asada, casabe, dulces y medio litro de aguardiente que escondimos bien para que no lo decomisaran. He escrito un mensaje para todos los muchachos y he sonreído recordando algunas cosas. Me respetaban, porque ellos también se creyeron el cuento de mi acusación y se hizo más franco aquel día en que levanté al carterista por el cuello y lo lancé por los aires sobre una carretilla de recoger basura. Casi lo ahorco. Los guardias tuvieron que encañonarme de lejos temiendo ser agredidos. Me encerraron una semana en el calabozo "La Boca del Diablo" y salí porque la cocinera mandó a buscarme para que le guisara unos pescados al General en la fiesta del Día de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional. Ese día volvieron a encerrarme, pero ahora en el hospital, por la indigestión que me produjo comerme la ración de tres días.

De vuelta por la carretera, me detuve en la casa que me ha indicado Doña Chenta, es donde vive Ninorca. "Se casó y tiene dos mocosas lindísimas; vive sola, el marido está en Venezuela. Ve visítala, se va a poner muy contenta." He entrado sin quitarme las gafas con el pretexto de pedir agua para el auto, me atendió si conocerme, conserva la misma belleza en el rostro que aquella mañana en El Tablón. Había engordado bastante pero en su sonrisa estaba la

misma dulzura de su infancia. Única arma para simular felicidad en medio de aquel abandono prematuro y aquella renuncia involuntaria a sus goces de mujer plena. Una vez nos pinchamos el dedo del corazón con una espina de naranjo y nos unimos para que nuestras sangres se mezclaran, prometiéndonos amor eterno. Me limpié el dedo en su cabello y así di mi primer beso. No dormiría esos días, hasta que por las paperas del mal de amor me brotó el enamoramiento. Luego supe, cuando su mamá lo contó de chiste, que a ella también le había dado el mal de amor pero con varicela loca y diarrea. Ella me recordaría lo del juramento, la noche que me casé con Nidia Marisol en la iglesia de Torrencial.

Miré a una de las niñas, una trigueñita de ojos saltones que jugaba en el piso, haciendo una casita de libros adventistas. Llevaba puesto un chalequito deportivo como el que se puso Ninorca la mañana que fue a lavar a El Tablón, el mismo día que me apresaron y la última vez que la vi. Al ver la niña pensé en Pedro Luis. Ninorca me ha mirado, mientras limpio las gafas y contemplo la niña, al advertirla, salgo y monto el vehículo. Antes de partir le he dicho: ¿Es usted Ninorca verdad? Ya no va a lavar a El Tablón. La he dejado boquiabierta y enciendo el motor.

Llegué a la capital en menos de cinco horas. Anochece. La radio sonaba sólo temas navideños y la ciudad parecía dormida, en las casas los arbolitos con sus bombillas multicolores intermitentes y los Santa Claus con barbas de algodón se celebraba una interminable fiesta. Tarde me di cuenta que no sabía a donde iba, reduje la velocidad y paré frente a la Plaza de los Venduteros.

Aquel día que subía tan contento del río y me

dijo Lucrecia que los guardias habían hecho caer a Pedrito de la cama, la mente se me bloqueó y no pude entender nada más. Alcancé a ver dos gigantes vestidos de verde olivo buscando quién sabe qué entre mis cosas y a Doña Chenta con el pequeño llorando entre los brazos. Salté sin saber cómo por la ventana del lado y me le fui encima al más alto desarmándolo y golpeando con el cañón del fusil al otro. Forcejamos a puñetazos y estrujones, pero no pude más. Otro, vestido de civil, me había golpeado con una metralleta en la cabeza. Luego supe que habían encontrado un arsenal de armas de guerra en mi habitación y que uno de los militares estaba mal herido. Cinco desconocidos testificaron en mi contra el ocho de diciembre.

En la Plaza me sentí más solo que en la cárcel. Los vendederos abandonaban sus puestos para ir a sus casas a celebrar la Navidad. Uno por uno recogían sus cajas y bolsos, organizaban sus triciclos y partían. Compré dos manzanas al último niño que abandonaba la Plaza. Comenzó a llover fuerte y un frío intenso se adueñó de mi cuerpo. Cuando me disponía a partir, el niño de las manzanas aún caminaba despacio por la estrecha callejuela, por lo que sin pensarlo lo invité a subir al carro y accedió. Al fin y al cabo, necesitaba alguien con quien hablar. Notaba al niño cansado. Llevaba una gorra de pico, la cara sucia y en las manos unos billetes manoseados. Fui yo quien inició la conversación.

- ¿Cuánto hiciste?

- Treinta na'ma'

-¿No es mucho?

- ¿Cómo va a ser mucho, ombe?

Sonrió por primera vez y estiró las piernas como el que busca acomodo para el cansancio.

- ¿Adónde vas?, le pregunté mientras mordía la segunda manzana.

- No sé. Donde no me moje.

Ambos teníamos hambre, así que arreglamos para que se vistiera con una de mis camisas. Lavara su cara en la próxima gasolinera y fuéramos a cenar a uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

Conversamos toda la noche, comimos como cerdos, reímos como locos a carcajadas y terminamos llorando en lo que esperábamos al tío Frank. Yo lo había telefoneado y salió corriendo para el restaurante cuando supo las dos noticias: que yo había salido de la cárcel y la manera fortuita en que me había encontrado con mi hijo Pedro Luis...

III.

Anexos

Acta Unica

Los jurados convocados para el "Tercer Concurso de Cuentos de Radio Santa María", reunidos el sábado 30 de marzo en la ciudad de La Vega, y después de ponderar los doscientos cincuenta y dos cuentos sometidos a nuestra consideración, hemos decidido otorgar los siguientes premios y menciones:

Premios:

1- "Dialecto".

Pseudónimo: WWW/Com.007.

Autor: Luis Martín Gómez.

Calle Bonaire, 82, Ensanche Ozama, Santo Domingo.

Tel. 544-2466 y 597-6319.

2- "Museus (Video azul para ciegos)".

Pseudónimo: Dadá.

Autor: Pastor de Moya.

Calle Hostos, 28, La Vega.

Tel. 573-2847.

3- "Opera Aperta".

Pseudónimo: Pitigrilli.

Autor: Julio Adames.

Calle Grateraux, 19, Constanza
Tel. 539-2614.

4- "Menú de caníval".

Pseudónimo: Pearl Jam.
Autor: León de Moya Díaz.
Calle Hostos, 28, La Vega.
Tel. 573-4507 y 573-2200.

5- "Guacárana"

Pseudónimo: Claudia.
Autor: Emérita Méndez Fernández.
Calle 9, V-21, Jardines Metropolitanos,
Santiago de los Caballeros.
Tel. 582-2910.

Menciones:

1- "Contradanza".

Pseudónimo: Pitigrilli.
Autor: Julio Adames
Calle Grateraux, 19, Constanza.
Tel. 539-2614

2- "El Último día del otoño".

Pseudónimo: Mayo Rulfo.
Autor: José F. Almonte.
Calle Juana Núñez, 5, Salcedo.
Tel. 577-2226.

3- "La Noticia".

Pseudónimo: WWW/Com. 007.

Autor: Luis Martín Gómez,
Calle Bonaire, 82, Ensanche Ozama, Santo Domingo.
Tel. 544-2466 y 597-6319

4- "Los amores del Jefe".

Pseudónimo: Calígula.
Autor: Juan Santana de Jesús.
Calle Miches, 6, El Seybo.
Tel. 552-3366 y 552-3407.

5- "Tres días después".

Pseudónimo: Tagore.
Autor: Carlos Sosa Ovalles.
Calle Primera, 4, Urbanización Martínez, Tenares.
Tel. 577-3554.

Dado en La Vega, a los 30 días de mes de marzo
de 1996.

Enriquillo Sánchez

Julián Alvarez

Carlos Fernández-Rocha.

La fórmula del cuento perfecto

Por Pedro Antonio Valdez

I.- La historia es aún irreversible.

El cuento, como todo lo que existe, siempre cambia. La comparación de algunas piezas de Melchor de Santa Cruz, Horacio Quiroga y, digamos, una Aurora Arias, nos permitirían constatar este axioma sin apelar a costosos presupuestos estéticos. Pues sucede que cada salto significativo de la historia incluye un cambio en la estructura artística predominante, a la cual se suscribe la cuentística.

Cuando un narrador urge en una cuentística anterior -en un *modelo ideal*, como suele recomendarse- siempre, siempre debe tener en consideración que se encuentra ante una experiencia escritural perteneciente a un momento específico, de ninguna manera transferible. Decía el viejo Karl Marx -con el perdón- que la historia es irreversible. Cierto. Así que de los modelos ideales de la narrativa, de esas claves maravillosas proveídas por los grandes maestros, sólo nos es lícito extraer las enseñanzas válidas para enriquecer nuestra experiencia literaria del presente,

ya que jamás podremos trasplantar el momento temporal sobre el que fue gestado un proceso artístico anterior. El mejor y más próximo ejemplo lo encontraríamos en Juan Bosch, quien mientras vivió, allá por los años treinta, sumergido en un espacio rural, reflejó en sus cuentos el conflicto del campo; pero cuando le correspondió vivir el espacio urbano, sus relatos tendieron a recoger los conflictos de la ciudad.

II.- El presente de alquiler.

Pero así como existe una cuentística pre-establecida en el pasado, también acontece otra que va estableciéndose en el presente. Esta nueva experiencia, que tiende a desbordarse a sí misma, suele levantarse entre los dichos escombros del pasado y se va robusteciendo progresivamente con los vivos aportes de los narradores del presente. Se trata siempre de una experiencia dinámica, abierta, ni siquiera fijada en la movilidad, en que, por desdicha o ventura, caben todos los narradores coetáneos en igualdad de derechos.

Si usásemos el punto y aparte del párrafo anterior como punto final, estaríamos diciendo que una cuentística parte de la simple ecuación: *experiencia anterior + experiencia del presente*. Siendo así, cualquier modesto ratón de biblioteca podría convertirse en un buen escritor. De manera que la cuestión debería ser más compleja.

En efecto, lo es. O a lo mejor es mucho más simple. Veamos. Existe un punto común entre la cuentística pre-establecida y la que va estableciéndose: ambas experiencias existen al margen del escritor. Y las dos sólo tendrán un sentido genuino para él, en tanto le permitan forjar su experiencia personal y

única. Pues no tiene sentido el edificio de Quiroga sino para demolerlo y reciclarlo como parte de la zapata de nuestra escritura particular. Entonces, una cuentística significativa dependerá de que el escritor pueda abrir su propia ventana entre la herencia y el presente de la tradición narrativa.

III.- Los noventa como presente escritural.

Los planteamientos anteriores convergen naturalmente en la cuentística joven que impera en nuestro país por estos días. La experiencia pre-establecida es muy difusa y puede ser perfectamente rastreada en los volúmenes de relatos y estudios que han sido publicados desde la aparición embrionaria del género hasta, para el caso que ahora nos ocupa, nuestra pasada década de los ochenta. La experiencia que va estableciéndose podemos ubicarla, para la incursión de los narradores dominicanos más jóvenes, en los textos recientes que cada vez son publicados con mayor frecuencia.

Los cuentistas formados en esta década del noventa -náufragos, como los he llamado en otra parte, porque luchan contra la marejada del maltrato cultural- quizás, de entrada, podrían ser vistos como extensión de la estética narrativa de los ochenta. Pero además hay que reconocer que han ido incorporando ciertas características propias del momento histórico en que vivimos y de la visión del mundo que cada uno practica.

En el prólogo de la antología de novísimos cuentistas dominicanos, "Última flor del naufragio", publicada por este servidor en 1995, señalo ciertas características comunes de la narrativa breve de los noventa. Repasemos. En la novísima cuentística el espacio rural se convierte casi en una curiosidad

museográfica, lo cual tiene que ver con las grandes migraciones de las últimas décadas. También podemos apreciar que el espacio rural ampliése hasta fundirse con lo internacional, porque hoy la globalización nos toca a todos, ya sea a través de la migración o de las emisiones diarias de CNN. de la final de la NBA o del último disparate del *Show de Cristina*.

La ruptura del canon es habitual en los noventa. No por el atletismo de romper por romper, sino desconstruir para luego reconstruir un espacio formal donde la expresión personal quepa con naturalidad. Por eso la experimentación pasa a ser un instrumento para fijar la individualidad. Esta libertad estructural auspicia que en esta cuentística haya una tendencia a la abstracción. Aquella vez olvidé la tendencia a lo cinematográfico, que suele emparentar a los textos con sketches de Scorsese. Pero sí mencioné que la angustia epocal y el erotismo -los poetas místicos demostraron que el erotismo simula mejor el roce espiritual- constituyen los tonos más patentes de la narrativa de la década.

Dentro de esta estética podemos situar los textos más representativos galardonados en la tercera convocatoria del Concurso de Cuentos de Radio Santa María, organizado con el patrocinio de E. León Jimenes. Este certamen se está convirtiendo, luego del de Casa de Teatro, en uno de los máximos promotores de la cuentística joven. Su continuidad es saludable en un país donde los concursos de cuento siempre han servido de catalizadores para los escritores emergentes.

En esta tercera convocatoria han confluído básicamente dos tipos de escritores. Por un lado, los que demuestran su compromiso con la búsqueda narrati-

va de los noventa, lo cual los delata como representantes genuinos de la experiencia escritural que va estableciéndose en el presente. Y por otro lado, en menor cantidad, confluyen aquellos que aún persisten en la continuidad de cánones ya establecidos, lo cual revela la necesidad urgente de abrirse a los avances de la narrativa actual. No obstante tal dualidad en la geografía seleccionada, todos estos textos coinciden en poseer un vigor narrativo que anuncia un presente escritural esperanzador.

IV.- Ladies and gentlemen: The fórmula.

En estas postrimerías, algunos habrán echado de menos la dichosa fórmula anunciada en el título de estas palabras. Verdaderamente, no existe ninguna fórmula mágica para escribir cuentos. Porque quizás sea cierto que a escribir cuentos sólo se aprende escribiendo cuentos. Y en el arte, como en la pasión amorosa, los consejos suelen ser inútiles. Los milagros son ajenos a la ficción.

Sí parece existir, a pesar de todo, una técnica del cuento, la cual podríamos sacar de la abstracción y definir como ese conjunto de características no necesariamente aprehensibles -y a lo mejor intuibles- que a través del tiempo ha reaparecido en los relatos más representativos. Pero a esta técnica se podría llegar por infinitos caminos, y el que elija cada narrador, si en verdad le conduce a su destino, será la única fórmula perfecta del cuento.

Colofón:

Este libro se terminó de imprimir
en setiembre de 1996 en los talleres
de la imprenta "Amigos del Hogar",
Santo Domingo, D.N.
República Dominicana.

INDUSTRIA DE TABACO LEON JIMENES, S.A.

